universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 121 - Abril de 2021 - Distribución gratuita www.universocentro.com.co

Tres aturdidoras

I

“Estamos ganando tiempo”, esas eran las tres palabras repetidas en los primeros aislamientos por la peste. Clínicas y hospitales tienen que tener más y mejores posibilidades de atender a los pacientes agotados por el contagio, decían con la severidad de los médicos preocupados. Pero el tiempo fue pasando y los cercos se hicieron eternos, unas veces más amplios, otras más porosos, otras celados con las armas oficiales y changones informales; algunas veces adornados con la moral de las almas higiénicas y el desespero obvio de los médicos. El último candado lo cerraban los epidemiólogos y su matemática que acierta cuando falla (nuestra advertencia nos salvó de la catástrofe anunciada).

Ha pasado un año largo y seguimos ganando tiempo y perdiéndolo todo. Otras tres palabras son la justificación que ya se quisiera la Cruz Roja: “Estamos salvando vidas”, encabezan los decretos y los discursos. Un año largo después del primer sitio —¿recuerdan ese fantasma que llamábamos estado de sitio?— las medidas siguen siendo las mismas mientras los números de la peste suben y bajan, y la balanza aún carga uno solo de los platos, donde se ponen las muertes, las camas críticas ocupadas y los contagios. Los otros males que no mueven la balanza no cuentan, son los mismos males de siempre, suceden en las casas, en los bolsillos, en las cabezas, males interiores.

Los niños que rayaban su nombre han comenzado a perder la línea, los jóvenes que caminaban sobre la línea han elegido el lado material al digital, las plataformas oficiales insisten en los censos, la policía disfruta el sueño que señala como una falta grave tocar la calle y todo el que tenía una mínima cuota de poder aprieta su feudo por el bien de todos. Y los trapos rojos se ven hasta en las cifras del Dane: Medellín sumó 334 000 personas a su lista de quienes viven en la pobreza, hogares que reciben menos de 330 000 pesos mensuales por cada uno de sus miembros.

La ciudad registró 539 muertos por covid en la tercera semana de abril, de sobra la cifra más alta en toda la pandemia, con las funerarias al tope y usando sus neveras y los médicos pensando en el oxígeno industrial como una posibilidad para airear las máscaras de los pacientes graves. Pero una semana después había más de treinta mil personas marchando por derechos, por posibilidades, por hambre, porque no hay mucho que perder. La peste y su sesgo “salva vidas”, sus indicadores que solo miran las listas de defunciones, son la primera bomba aturdidora de este 2021, incluso más rudo que el 2020.

II

Renuncian las juntas, despachan a los secretarios en un año, corren a los gerentes confiables, renuncian los gerentes recién empaquetados, puyan los contratistas, se habla de ruta N. N., azuzan las redes, a veces llegan cartas y la consigna desde la oficina del alcalde es descalificar, confundir y refundar la patria chica. La ciudad vive una sacudida política y administrativa que no se veía al menos desde hace dos décadas. El recién llegado dice que ha venido a rescatarlo todo, que estábamos en ruinas, que tres empresas eran el poder legislativo, ejecutivo y judicial y nadie se había enterado.

Mientras tanto se sabe que los políticos tradicionales de la comarca y alrededores, desde Itagüí hasta Bello, manejan buena parte del presupuesto y la burocracia, y que quienes vienen a sacar a Medellín de la anestesia corporativa y paramilitar confunden al Tricentenario con el Planetario. En política la ambición puede ser más peligrosa que la mediocridad, pero cuando vienen las dos en la misma promoción solo se pueden esperar rebatiñas, pleitos adolescentes, milagros rebatibles seis meses después.

La administración decidió renunciar a muchos aliados de las instituciones, no solo a los grandes empresarios sino a organizaciones no gubernamentales que apoyaban con voz y trabajo conjunto, a parches barriales que no comieron cuento, a fundaciones que no aportan al fundador. La administración pública de la ciudad es un actor poderoso, fuerte en lo económico, fundamental para la supervivencia de muchos, con gran audiencia nacional en lo político, eso mismo hace muy difícil de creer que todo ese “botín” era manejado por unos pocos frente al silencio de todos. Subestimar a una gran parte de la ciudad es uno de los grandes pecados de quienes ahora llegaron a la política local. La ciudad ya existía, con sus horrores, sus injusticias y sus inequidades, pero existía, mal que bien había un diálogo y algunas rutas que habían dejado satisfacciones comunes. “Romperlo todo” es una pinturita muy peligrosa para quien tiene semejante poder. Es la segunda aturdidora, fuerte, viral, con la idea obvia de despejar para reinar.

III

Marchar es la única salida. Esa parece ser la consigna de miles de jóvenes en la ciudad, en el país. La única salida a la calle, el desfogue a la mano, la posibilidad de sentir que hay comunidad, que se puede exigir con una cuchara un perol, que no se necesita wifi para conectarse. No se trata de impuestos sino de imposiciones, de una violencia repetida y del cansancio de la vida en las laderas, del desasosiego que hemos visto en las películas cuesta arriba que han retratado la ciudad y que ahora tiene más conciencia común, más consignas, más posibilidades de gritarse. Casi ochenta mil jóvenes entre catorce y veinticuatro años que ni estudian ni trabajan. Seguro serán más con colegios y espacios comunitarios cerrados.

Los trabajadores de día a día, más de la mitad de quienes salen a buscar sus pesos en este país, siempre han cargado el riesgo del pequeño fracaso en la venta, en el encargo, en la promesa. Ahora, a la ciudad mermada se suman la amenaza del virus, el comparendo, el abuso. Y para pedir una ayuda oficial se necesita llenar un “formulario” sin receta. Otras ofertas vienen cargadas de trampas y compromisos. La gente se sube a las terrazas y los de abajo se preocupan. ¿Qué tanto piensa aquel allá arriba? Las líneas de atención repican y las primeras planas hablan de una gresca entre un político y los cacaos. Una gresca menor frente a los problemas mayores.

El paro recoge muchas historias, entre ellas la violencia policial que ha azotado por años a los barrios, el desprecio que muchas veces han sentido los jóvenes por su manera de vestir, de andar, de fumar, de hablar… Una necesidad de hacerse a un lado y “vivir a la enemiga”. Muchas veces esos jóvenes solo pueden vivir juntos, solo logran reivindicar algo de lo que son cuando van en equipo, cuando son once en la cancha, cuando son un colectivo, cuando ensordecen con un grupo de garaje o encuentran una casa común, un parche sin patrón, que acoge sus preguntas. Es la tercera aturdidora, casera, hechiza, tan inevitable como necesaria.

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA
– Juan Fernando Ospina
EDICIÓN
– Pascual Gaviria
ASISTENCIA EDITORIAL
– Santiago Rodas
COMITÉ EDITORIAL
– Fernando Mora Meléndez
– David Eufrasio Guzmán
– Andrés Delgado
– Maria Isabel Naranjo
– Andrea Aldana
– Juan Fernando Ramírez
– Simón Murillo
– Estefanía Carvajal
ASISTENCIA EJECUTIVA
– Sandra Barrientos
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
– Gretel Álvarez
CORRECCIÓN DE TEXTOS
– Gloria Estrada

Es una publicación mensual
de la Corporación Universo Centro
Distribución gratuita
Número 121 - Abril 2021 / Versión impresa

universo centro
universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com.co

Libros en cuarentena

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ • **Fotografía de Juan Fernando Ospina**

Apenas se decretó el encierro y ante la promesa de algunos ratos de ocio, pequeñas dádivas de tiempo que la pandemia obsequiaba, salieron a la luz viejos títulos de obras literarias que, pese a su olor apestoso, prometían consolarnos, desde aquella donde el detective Edipo busca al culpable de la epidemia, hasta la de las damas galantes que huyen del tufillo infecto a contarse historias en unas tardes deliciosas de una villa florentina. Las fábulas nos consuelan con esa ilusión de interpretar lo que no podemos comprender ni aceptar. Con argumentos parecidos los promotores de lectura ampliaban la lista. Hasta cabría, por el título, uno de Borges, *Textos cautivos*. En él se menciona un proverbio chino, premonitorio, de *El Libro del Dragón*: “Los platos raros producen enfermedades rarísimas”.

En fin, las influenzas literarias tenían su lado bueno. A domicilio, desde las librerías de lectura Rappi, llegaban ediciones asépticas de *La Peste*, de Camus. Y se recordó el soneto de Quevedo: “Retirado en la paz de mis desiertos, con pocos pero doctos libros juntos, vivo en conversación con los difuntos, y escucho con mis ojos a los muertos”.

Lejos de estos refugios, otras corrientes circulan en las salas de lectura pública donde a los libros prestados ahora se les conmina a un rincón de cuarentena, una purga microbiana que busca alejar las páginas manoseadas y ojeadas del lector desprevenido. La imagen evoca ya no las novelas sobre pestes sino aquellas donde los propios libros son la peste.

Montag, el bombero de la novela *Farenheit 454*, oculta libros en lugares insólitos de su casa para protegerlos de las llamas. Como saben los lectores de esta saga distópica de Ray Bradbury, él traiciona las órdenes de sus compañeros de cuadrilla que tienen la orden de quemar todos los libros de la ciudad. Una historia de ficción que no se aleja de otras escenas, reales, donde los libros han caído en piras sacrificiales porque los sensores los consideran peligrosos. Las letras dan miedo y hay que reducirlas a ceniza. Sucedió en la Alemania nazi, pero también en la Manizales del procurador Torquemada.

Ahora los libros se han puesto en cuarentena, ya no por temor a que sus ideas se contagien sino porque aquellas páginas también pueden hospedar al virus. Se habilitan salas para recibir los tomos bajo sospecha. Se disponen mesas donde personal enguantado los pone con las hojas abiertas, como mariposas languidescentes de todos los tamaños. Se busca que el aire expurgue sus páginas y se lleve lejos al espíritu maligno. Allí permanecen en cuarentena hasta que los retornen al orden bibliográfico. La zona donde reposan estas criaturas del ingenio humano se acordonan con cintas para evitar el paso de cualquier lector impune que pretenda curiosear. De buena fe se prohíbe su lectura y tal vez eso, ¿por qué no pensarlo?, ayude a que se les tome, de manera furtiva, y se vuelvan libros tan atractivos como todos los que han sido prohibidos. Una buena manera de aumentar el índice tan bajo de lectura que tiene el país. La escena me ha recordado el poema del español José Manuel Lucía Mejías, que dejo acá, a manera de colofón infeccioso y no menos provocador:

Aléjame de los libros, amor,
de los libros vampiros chupasangre
para alimentar sus letras capitales y miniaturas.

Tengo miedo, amor, de los libros.
Sueño que saltan de las estanterías,
me rodean, me asedian, me hieren con el filo de sus hojas,
y me clavan sus lomos en los brazos.
Conservo heridas que sangran al amanecer.
Las letras son moscas que me recorren,
me duele la cabeza.
Invéntate un juego que me aleje para siempre de los libros,
que me despierte de esta pesadilla escrita,
que me devuelva al olor del aire puro,
que hace tres siglos respiré en las páginas de los libros.

Es mejor estallar que desvanecerse

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO
Ilustración de Señor Ok

El pasado 5 de abril de 2021 se cumplieron 27 años del suicidio de Kurt Cobain, quien se voló la tapa de los sesos con esos mismos años de edad. Tal vez por esa coincidencia significativa, a la hora del suicidio, alrededor del mediodía, mientras escuchaba la discografía de Nirvana, me repetí *Last days*, película dirigida por Gus Van Sant que, fiel a su título, es la mejor representación de los últimos días de Kurt Cobain. Allí, se ve en pantalla a un Kurt muy silencioso, la palabra justa sería fantasmal, si el silencio no fuera roto por el procesamiento de la confusión absoluta, es decir, por balbuceos. Kurt balbucea, generalmente, cuando tiene a un interlocutor en frente, luego, no se comunica. Es el último hablante de un lenguaje desconocido que, sin interlocutores, está muerto. De ahí que, en *Last days*, Kurt hable un lenguaje muerto que representa balbuceos de muerte. Entre el mutismo y los balbuceos de muerte, lentamente fui llegando a la escena final de la película:

Despuntar de un día soleado. Un jardinero atraviesa un jardín con algún propósito relativo a su oficio, la premura lo deja en evidencia. Camina hacia la cámara. La cámara le cierra el paso y, cuando se inclina para recoger un balde, le distorsiona los rasgos de la cara. El *nomen nescio* gira y, mientras se aleja de la cámara, a mitad de camino, encuentra el cadáver de Kurt Cobain. Lo ve a través de un ventanal. Rodea la casa en busca de otro ventanal, para verlo mejor, o, como si la casa fuera un isométrico de primeras impresiones, para reconocerlo por partes. Ahora la cámara está detrás del *nomen nescio*, a la altura de sus rodillas, como si fuera un perro al lado de su amo. Los ojos del perro le apuntan a las suelas de los zapatos de Kurt Cobain, es una visión animal, pero también amistosa y fiel. Los zapatos son los de siempre, unos Chuck Taylor, unos Converse básicos. Hoy Converse pertenece a los fetichistas de la mercancía, a Nike, que comercializa Chuck Taylor con la firma bordada de Kurt Cobain y, por eso, su precio está inflado muy por encima del precio de los básicos que el firmante ausente usó hasta el final. El firmante ausente yace boca arriba, *jeans* desgastados, buzo de lana desgastado. El *nomen nescio* retrocede un paso, por poco atropella al perro, al testigo oidor, y, apenas retrocede otro, del interior del firmante ausente, de las entrañas del cadáver de Kurt Cobain, emerge su cuerpo al desnudo. Hay un corte. Tras el cual se ve un televisor transmitiendo la noticia: "Kurt Cobain ha muerto".

Entonces pausé ahí la película y, como hago cada vez que la veo, la retrocedí hasta la escena anterior, última con Kurt vivo:

Kurt sale de una especie de túnel, la cámara se queda en la boca del túnel. Las líneas de su chaqueta apenas se ven, se vislumbran sobre un fondo cerúleo similar al color de la noche que le va dando paso al amanecer. Ahora la cámara lo sigue, una última caminata sin sentido. El camino es ascendente, una casa alta se va dibujando de a poco. Kurt la rodea y desemboca en otro camino. Extiende los brazos como una bailarina de ballet y gira un par de veces sobre su propio eje, desvariando como un danzante místico. Aunque no sería fácil reconstruir esa caminata de la razón oculta, a cada paso Kurt va dejando un rombo dentro de otro, las huellas de sus Chuck Taylor. Esos Converse, blancos o negros, tal vez la única dualidad constante de su existencia. Fin del camino, Kurt frente a una puerta ventana. Al mejor estilo de Gus Van Sant, lo apremia con la cámara para que entre rápido, pero, al mejor estilo de sus actores, Kurt no hace caso. Primerísimo primer plano de sus hombros mientras entra a una sala y se sienta en el piso. No bien toca el piso, como si fuera un acto reflejo, se quita las gafas, son gafas de sol, de mujer, estilo *cat eye*, el carey es verde fosforescente. La cámara lo mira de soslayo, mientras Kurt fija sus ojos en un punto ciego para el espectador. La altura de ese punto es la de los ojos de algún noctámbulo imaginario que ha pasado la noche sentado en un sofá imaginario, esperándolo. A lo mejor se trata de Boddah, su amigo imaginario de la niñez, que viene desde el pasado para persuadirlo, para refrescarle la memoria y achicar la melancolía. Kurt lo mira largamente, sin parpadear, un minuto y dos segundos de la película, de *Last days*, sin parpadear. Estar tanto tiempo sin batir los párpados es una transgresión, en este caso, de orden narrativo. Luego, estamos experimentando un salto de realidad, desde los muros del mundo hacia una realidad interior. La realidad interior es una sinestesia, en la que Kurt canta con los ojos durante un minuto y dos segundos de tiempo real, prosaico. En ese lapso, la expresión de los ojos de Kurt juega con la sorpresa, el temor, la complicidad, el entendimiento, la ternura y, finalmente, la tristeza. Sin embargo, esa cadena que siempre terminará en tristeza, en tiempo interior, se traduce en otra escena de la película, en la única de *Last days* en que Kurt se expresa con claridad, como si fuera su expiación definitiva:

Kurt y su guitarra acústica, solos en una sala de ensayo, con varias guitarras eléctricas tiradas en el piso. Silencio roto por el rechinar de su silla, Kurt gruñe y balbucea algo. Balbuceo roto por la melodía de la guitarra, que introduce una canción inédita, titulada *Death to birth*: "De maduro a podrido, demasiado real para vivir. ¿Debo tumbarme, ponerme de pie y caminar por ahí de nuevo? Mis ojos por fin se han abierto del todo, para descubrir que la fuente del sonido escucha el tacto de mis lágrimas. Es un largo y solitario viaje de la muerte al nacimiento. Huele el sabor de lo que malgastamos […]". Kurt en ningún momento levanta la cabeza, su rostro lo cubre su pelo dorado, esa es una característica propia del *shoegazing*, movimiento musical alternativo en el que, a la hora de tocar en vivo, los músicos miran sus zapatos para no mirar al público. Luego, decodificando la sinestesia, llevándola de la realidad interior a la exterior, aquello que Kurt miraba fijamente, sin parpadear, era la representación psicológica de sus viejos Converse, es decir, sus influencias *underground*, las raíces de su pensamiento alternativo. Continúa la canción: "¿Debería morir de nuevo? ¿Debería morir por ahí, entre materia que rueda por el espacio? Sé que nunca lo sabré hasta que esté cara a cara con mi propio rostro frío y muerto, con mi propio ataúd de madera". Aquí se alcanza el cimero emotivo de *Death to birth*, Kurt lo reduce todo a la máxima expresión, a un largo rugido que sigue una trayectoria parabólica cuyo punto final es el silencio. Kurt interrumpe su interpretación para reventar la sexta cuerda de su guitarra, la segunda cuerda mi. Ese el final de su expiación, Kurt, Kurt Donald Cobain, acaba de expulsar a su marca registrada, ha desterrado momentáneamente a Kurt Cobain. Con la marca registrada en el exilio, como con la segunda cuerda mi de su guitarra acústica, solo le falta estallar la forma, desdibujar los límites de su ser para que no vuelva a ser colonizado por su máscara, la figura de culto. Sin embargo, ese estallido es una elipsis de contenido en *Last days*: al final, entre las dos primeras escenas descritas arriba, no se muestra cuando Kurt, a la edad de 27 años y 44 días, se vuela la tapa de los sesos con una escopeta el 5 de abril de 1994.

Posdata 1: La escopeta la había comprado seis días antes, el 30 de marzo de 1994, en la tienda Stan Baker Sports, era una Remington calibre 20. Kurt la sacó del clóset, fue a la cocina, tomó una cerveza de la nevera y caminó treinta pasos hasta el invernadero. Allí escribió una larga nota de suicidio dirigida a Boddah, su amigo imaginario de la niñez, que termina así, recordando un verso de Neil Young: "Se me ha acabado la pasión, y recuerden que es mejor estallar que desvanecerse. Paz, amor y comprensión. Kurt Cobain". Después de firmar la nota de suicidio la puso encima de una matera y la clavó en la tierra con el lapicero rojo con el que la había redactado. Acto seguido, se sentó en el piso, cargó la escopeta con tres cartuchos, se fumó cinco cigarrillos, preparó una última dosis de heroína, suficiente para morir en pocos minutos, se la inyectó, agarró la escopeta, se introdujo la punta del cañón en la boca, apretó el gatillo y listo, murió instantáneamente. Su cuerpo fue encontrado por un electricista tres días más tarde, el 8 de abril de 1994. Tres años antes, en abril de 1991, había compuesto *Smells like teen spirit*, el himno de la Generación X. Y tres años más atrás, en abril de 1988, había liderado la primera presentación importante de Nirvana, en un bar de Seattle llamado The Vogue: "The show was horrible", según los asistentes y el mismo Kurt Cobain.

Posdata 2: Días antes de componer *Smells like teen spirit*, primera canción del Nevermind, álbum que, el 11 de enero de 1992, desbancaría del número uno de la Billboard al Rey del Pop, llevando lo alternativo al corazón del *mainstream*, Kurt Cobain escribió un ensayo titulado "El crítico se hace Dios", en el que, básicamente, asesina a una de sus mayores influencias *underground*, sí, a Bukowski, el viejo indecente: "Lo primero que hice fue quemar todos mis libros de Charles Bukowski. Saqué el papel de aluminio y lo extendí en el suelo. Rompí en mil pedazos las entrañas inmundas de la literatura-plancton y encendí una cerilla. Apagué las luces y observé las llamas junto con unas películas caseras en Super-8 que había hecho mientras me hallaba bajo la influencia de aquella vida que ahora había decidido cambiar". Curiosamente, como si el incendio de esa pesada carga clandestina hubiera determinado poco a poco el suicidio en cuestión, Bukowski murió el 9 de marzo de 1994, 27 días antes de que Kurt Cobain se uniera al club de los 27. Tal vez por eso el verso de Neil Young que cierra la carta de suicidio de Kurt Cobain y que titula este texto es perfectamente complementario con el poema más corto de Bukowski, titulado *Arte*, que reza así: "Cuando el espíritu se desvanece, aparece la forma".

Mi mariposario

por EDUARDO ESCOBAR • **Ilustraciones de Fragmentaria**

Las mariposas son en apariencia unos bichos efímeros que el inglés llama con desprecio moscas de mantequilla, y en francés llaman *papillon*, lo cual las relaciona con *pavillon*, que quiere decir bandera, y con la tienda de campaña, por afinidad. La bandera, metafóricamente, es una mariposa de trapo. Y la tienda de campaña, hilando fino, recuerda el caparazón protector donde se opera la transfiguración del torpe gusano en la despampanante mariposa.

En italiano la mariposa se llama *farfalle* que es una pasta de mesa. El alemán, la distingue como *das schmetterling*, *das falter* y *das nachtlicht*, como tal vez, nosotros en castellano diferenciamos la mariposa del lugar común de la oscura polilla o el satúrnido que se alimenta de frutos pasados de maduros y que empieza a vivir cuando se ausenta el sol.

En maltés se nombra *farfett*. En húngaro, *pillangó*. En yoruba, *labalaba*. En somalí, *balanbaalis*. En polaco, *motyl*. Y en ruso, *baboski*. Las mariposas se encuentran por todo el mundo bajo nombres diversos, con la excepción de la desolada Antártida, reino de silencios incoloros. Y también son de todas las horas. Hay mariposas diurnas que merecieron los elogios de los poetas por su colorido y su elegancia al desplazarse aprovechando el viento. Pero casi todas pertenecen a las faunas de la noche. Las que temían las abuelas porque profetizaban la muerte.

Un amigo mío detesta las mariposas porque opina que no son más que unos gusanos que se las arreglan para volar contra toda lógica. Mi amigo ignora que la mariposa pese a todas sus ambigüedades es también un poderoso símbolo de la trascendencia, de la superación de la materia en espíritu.

Las mariposas atrajeron el amor de algunos individuos duros de corazón. Como el señor Stein, un personaje estrafalario entre tantos personajes estrafalarios que figuran en los relatos Joseph Conrad, el escritor y aventurero polaco. Stein, un trotamundos sin hígados, en *Lord Jim*, una de sus novelas estelares, se dedica a perseguir mariposas para la colección que le da sentido a su vida, mientras lucha por sobrevivir en medio de guerras, negociaciones de paz, falsos armisticios, reconciliaciones y traiciones.

Stein no es un hombre perfectamente malo. Aunque es evidentemente un desagradable. Sin embargo, uno es incapaz de odiarlo cuando se entera de su enorme capacidad para emocionarse, como si fuera un poeta, ante la contemplación de sus mariposas muertas, ante el brillo de sus frágiles alas, las espléndidas escamas y la belleza de esos bichos que desafiaban la destrucción, según dijo, y que aun sin vida seguían desplegando su esplendor no mancillado por la muerte. Comparados con sus mariposas, los hombres, aunque eran unos animales asombrosos, no llegaban a ser obras maestras de la naturaleza.

Stein recuerda en el relato de su vida la ocasión en que después de un tiroteo asesina a tres hombres, la describe impávidamente con pavorosa frialdad: el uno enroscado como un perro, el otro de espaldas con un brazo sobre los ojos como para protegerse del sol, y el tercero alargando muy lentamente una pierna para luego dejarla inmóvil con una sacudida. Stein lo observa todo desde su caballo, altivo, sin el menor remordimiento. Y entonces advierte una débil sombra cruzando sobre su frente. Es una mariposa. Stein la ve pasar, Stein la sigue con sus ojos, Stein se apea del caballo, y consigue alcanzarla cuando se posa sobre un montoncito de barro. Y siente que el corazón comienza a latirle con fuerza, y en una elación purificadora, la ve abrir y cerrar los hermosos remos temblones.

Sentí que la cabeza se me iba, se me aflojaron las piernas, estuve a punto de tenerme que sentar en el suelo, dice Stein, conmovido hasta el fondo de su alma por esa mariposa que había deseado por años. Indiferente a los tres hombres que acaba de matar, se acuerda. Por ella había emprendido largos viajes y pasado privaciones, la había visto en sueños, y por fin, ahora estaba ahí, inmóvil para él. Los hombres muertos no le interesan. Los hombres que no saben quedarse quietos sobre su montón de barro, que unos días quieren ser diablos y al otro quieren ser santos, no le importan.

En Cartwell, al sureste de Londres, Winston Churchill, futuro primer ministro británico, también se dedicaba a la caza de mariposas. Y alternaba sus actividades como parlamentario con el cuidado de su colección, que mostraba a los visitantes de su casa en el condado de Kent, muy orgulloso de las especies raras que había obtenido en Sudáfrica, la India y Cuba. Pero al contrario del señor Stein, Churchill abandonó el *hobby* cuando lo cogió el fervor por la política y la devoción por la guerra, que es la forma atroz de la política, el odio a Hitler y la obsesión de pulverizar a Alemania hasta los cimientos. Stein siguió emocionándose hasta el fin de su amarga existencia con las escamas livianas de sus mariposas muertas. Comparados con sus mariposas los hombres eran nada para él. Como eran nada para Churchill, cuando los sopesaba en la balanza de sus ideales y sus ambiciones de poder y con los valores inherentes al imperio al que servía.

***

En *Cien años de soledad* a Mauricio Babilonia lo acompaña por donde va un cortejo de mariposas amarillas. El capítulo que dedica García Márquez a Babilonia es en realidad un cuento redondo hasta cierto punto prescindible en el más famoso de sus libros, a pesar de la belleza del relato. Y apenas vale la pena mencionar sus mariposas, en este censo personal, puesto que cuentan incluso con un vallenato que si no las hace inmortales las volverá insoportables para siempre. Pero tampoco es posible olvidarlas, como contraste con las mariposas de Conrad y con las de Marcel Proust, que en *La muerte de las catedrales*, merecen una nota titulada "Presencia real". Dice Proust que sus mariposas dejaban un impalpable polvo rosa en el cielo, y que al fin recalaron en unas flores y empezaron suavemente la aventurada travesía, deteniéndose a veces, tentadas por un lago matizado entonces como una gran flor que se marchita, mientras él siente sus ojos anegados en lágrimas. Las mariposas de Proust se convierten entonces en música por una bella sinestesia, y como si escuchara con su alma sonora la canción de un voluptuoso violín, ve cómo la melodía dibuja una fantasía encantadora que le recordó la libertad en medio de las armonías del lago, los bosques y el cielo.

Hace años los ecólogos militantes repiten una sentencia que se han apropiado algunos poetas dados a los hurtos. Esta afirma que en la unidad íntima de todas las cosas el estremecimiento de una mariposa en Australia puede provocar un sismo en Perú. Proust en *La muerte de las catedrales* había dicho ya que si avanzaba una depresión hacia las Baleares o temblaba en Jamaica, en París los reumáticos, los asmáticos, los locos y los dandis como él, entraban en crisis, tan unidos como están los nerviosos a los puntos más remotos del universo por los lazos de una solidaridad que muchas veces desearíamos menos estrecha y menos esencial.

Lorca pensaba de igual modo, ensanchando los límites de las emociones e invirtiendo la fe de los astrólogos y las creencias de los dibujantes de horóscopos, que nuestras maldades terrenales hieren también las más plácidas estrellas del fondo de la comba del cielo. Y tal vez nuestros vicios son los que hacen explotar las supernovas en los confines del espacio.

Manolete, el torero español empitonado en Linares mientras hacía un volapié, por un toro llamado Islero, héroe en el santoral de los miuras, dijo que las mujeres como las mariposas revolotean alrededor de todo lo que brilla. Pero las mariposas revolotean por igual sobre todo lo que hiede. Y se posan con la misma fruición sibarítica en el estiércol, las peras podridas, la ropa de los leprosos y los lirios recién desplegados, como si al abrirse anunciaran ya el marchitamiento y la podredumbre, y las descomposiciones recordaran los felices aromas de la plenitud de la vida. Las mariposas tal vez advierten la paradoja mejor que nosotros, que dividimos el mundo en estancos arbitrariamente diferenciados y antagónicos.

No es extraño que ese lepidóptero glotón y promiscuo, de los homometábulos, cuya lengua espiral y pilosa se conoce como espiritrompa, haya despertado tanto interés entre los biólogos, los filósofos y los poetas, por su belleza irrefutable y por su compleja metamorfosis en varios episodios, desde el huevo, y que después de una época larval desemboca en la oruga para caer en la crisálida, antes de entregar el resultado rutilante de la mariposa. Los creyentes en la resurrección en la carne y quienes confían en la reencarnación de las almas, que no son lo mismo, usan su metamorfosis como verbigracia de sus creencias. Aquellos piensan que esta vida no es más que un sueño del que despertamos al morir. Y estos que la muerte no es más que la puerta que nos conduce a otra existencia en una sucesión aterradora de momentos que se repiten y repiten hasta la purificación y la liberación de la rueda del Samsara.

El arroyo, el villano, la nube, la luna y la mariposa son imágenes de la veleidad. Algunos añaden la mujer a la lista. Pero aquí en esta prosa no calzan bien los prejuicios que se traslucen siempre en los tics idiomáticos del romanticismo decadente.

Chuang Tzu, el más alegre de los sabios taoístas, mezcla de Quijote y de cínico de la secta del perro, una vez, al despertar de un sueño, dudó si había soñado con una mariposa o si acaso era una mariposa que soñaba que era Chuang Tzu. Y otro chino, maestro del haiku, y miope de remate con mucha probabilidad, creyó ver en una mariposa una flor de vuelta a la rama de un cerezo.

A pesar del aire inocente y frágil las mariposas son astutas. Algunas iman los colores de las yerbas venenosas para engañar a sus predadores. Y las hay que ostentan grandes ocelos en las alas para simular los ojos del búho, oidor de la noche, y desanimar a su enemigo. Pero aunque parecen más cómicas que peligrosas en la imitación del rapaz, sin garras para sustentar el engaño, demuestran un gran espíritu filosófico y un finísimo sentido político en su reconocimiento del poder de las apariencias. A veces, sin embargo, la marrulla resulta inútil y la arrogancia las pierde. Algunas desgraciadas, en un acto de generosidad involuntaria, atraen a sus depredadores con sus ostentaciones. Lástima que no canten. Entonces cantarían un himno sacrificial, lento y triste, como el que dicen algunos que cantan los cisnes al morir. Pero las mariposas no son mudas del todo. Una vez escuché el chispear como de címbalos de dos pequeñas mariposas blancas que se perseguían en mi patio. Tal vez enfrascadas en una batalla a muerte. Tal vez en algún ritual de celo.

Muchos alucinados lo arriesgaron todo por una mariposa albina en los atardeceres del Ártico, o por una azul cobalto en un torrente amazónico, como hacía la poeta Raquel Jodorowsky, que después se avergonzó de su codicia cuando descubrió el budismo con uno de sus novios mexicanos. Fabre, el entomólogo provenzal, descubrió en 1875 las feromonas, al advertir unos machos que vinieron a cortejar una hembra que mantenía prisionera en una caja. Aristóteles había pensando que las mariposas eran hijas del rocío. Y nos había separado de estas en su cándida división del reino de los animales. Pero Fabre nos devolvió el parentesco a través del efluvio seductor de las feromonas. Los genitales humanos emiten sus propios perfumes. Y es innegable el parecido de los órganos femeninos con las orquídeas. Y hay pistilos francamente fálicos. Antes las mujeres ricas y las princesas usaron compuestos en los cuales entraba el aceite de las glándulas anales de los gatos de Algalia para atraer a los machos con sus perfumes. Hoy, el aceite ha sido reemplazado por las feromonas sintéticas en los perfumes de conquista. Fray Juan de San Gertrudis, descubridor de los hipogeos de San Agustín, recuerda en su libro, *Maravillas de la naturaleza*, el momento feliz cuando asistió al surgimiento de una mariposa a partir de una flor de guayabo. No mentía. Debemos entender que escribía antes de que Pasteur impugnara las fantasías de la generación espontánea.

Algunos críticos demasiado sutiles piensan que Vladimir Nabokov repite en la fuga de Lolita con su cincuentón por los moteles de los Estados Unidos la marcha de don Quijote por las posadas de España. Se alega como prueba que mientras escribía el libro dictaba sus rencorosas conferencias contra Cervantes en Cornell. Pero me parece un abuso crítico hacer de Lolita un malicioso Sancho Panza con trenzas. Yo prefiero ver en Dolores a la mariposa, haciéndole cocos detrás de sus gafas de sol al padrastro obnubilado. Miro su cuerpo largo como las orugas que comen ciertos pigmeos, o como el satúrnido que consumen los bosquimanos. Y perdono el que se le haga agua la boca al más caritativo de los vegetarianos y al más casto de los mortales. Con razón Nabokov sintió tanto amor por esas tenues criaturas voladoras. Y tuvo entre sus mejores placeres la búsqueda de mariposas, que persiguió hasta la víspera de su muerte, convertido ya en un autor rico con su relato del viejo verde seducido por una huérfana mariposa.

Nabokov trabajó en el Museo de Zoología Comparada de Harvard. Sus colecciones de mariposas reposan bien conservadas en Cornell y en la misma Harvard, y en Suiza, y a sus cuentos a veces sorprendentes y a sus poéticas

novelas, algunas de las más hermosas de su siglo, añadió artículos de su mano que vieron la luz en revistas especializadas. Como si fuera poco, descubrió una especie nueva, la Cyclargus Nabokov. En una de sus notas, Nabokov comienza citando a Chuang Tzu, el que nunca supo si era un filósofo que soñaba que era una mariposa o una mariposa que filosofaba. Y más radical que el gran humorista del taoísmo, se atreve a asumir la transformación de la larva en crisálida y de la crisálida en mariposa en carne propia, al afirmar, en el colmo del subjetivismo noosférico, que no es una operación particularmente agradable.

Siempre llega, nos dice, un momento difícil cuando la oruga se siente invadida por un extraño malestar. La sensación de sofoco aquí, al nivel del cuello, y luego la picazón son insoportables, mientras la oruga muta varias veces. Nada se compara con el cosquilleo, con el hormigueo que siente ahora, a la hora de librarse de la piel seca, demasiado estrecha, de la cual debe despojarse o fracasar irremediablemente. Nabokov adivina que debajo de esa piel debe formarse la coraza de una crisálida, y más modesto ahora en su descripción, apenas aventura que debe ser muy incómodo llevar una coraza subcutánea, especialmente para las mariposas con una ninfa dorada, cincelada, que se aferra a un soporte mientras se mantiene suspendida en el aire. La sensación llega a ser tan horrenda, que la oruga debe hacer algo, y pronto, dice el rusoamericano, y sale en busca de un emplazamiento adecuado, que bien puede ser un muro o un tronco al que trepa, y donde se fabrica a continuación una almohadilla de seda que adhiere por encima a su perchita. Y se cuelga con la extremidad de su cola o de sus últimas patas traseras, buscando la manera de quedar bocabajo, como un signo de interrogación al revés.

Y allí, dice Nabokov, se pregunta cómo hará para deshacerse de su piel. Una contorsión, otra más y otra y la epidermis se desgarra de golpe a lo largo de la espalda, y he aquí a la oruga que se deshace de esta, moviendo hombros y caderas, como quien se libera de una ropa demasiado ajustada. Y llega el momento crítico. Supongamos que estamos suspendidos cabeza abajo, colgados de nuestro último par de patas. Cómo haremos para no caer durante la operación, y qué hace entonces ese animalito valiente y tenaz y medio despellejado. Pues bien, muy meticulosamente libera sus patas traseras retirándolas de la almohadilla del cobijo, y con una sacudida y una contorsión admirable, da una suerte de salto que le permite desprenderse y soltar un último chorro de hilo de seda y enseguida esa superficie desnuda y dura y reluciente es la ninfa, una suerte de bebé fajado, tachonado de oro, con élitros blindados. La fase que sigue, dura entre algunos días y largos años. Una esfinge que Nabokov guardó durante todos sus estudios secundarios al fin hizo eclosión durante un viaje en tren, al cabo de siete años.

La ninfa suspendida, inmóvil, sufre un cambio, durante el cual se ven transparentar las diminutas líneas del ala, el adorable rubor del fondo, un esbozo de contorno negro, un ocelo rudimentario, y como se había desgarrado la oruga, la ninfa se desgarra, en la gloria de su última mutación, y la mariposa se escabulle hacia el exterior. Pero antes de volar hace una pausa para secarse, húmeda y arrugada, y en veinte minutos está lista para emprender el vuelo. Y se preguntarán ustedes qué se siente… Seguro hay una ráfaga de pánico que sube a la cabeza, una extraña excitación que nos sofoca, pero los ojos se abren y en un aflujo de luz la mariposa ve el mundo, y surge en el rostro enorme y terrible del entomólogo un gesto de asombro.

Ernst Junger, el novelista alemán cuya militancia en el ejército nazi afectó tanto su popularidad, ese genio comparable con Goethe, a quien enviara Hitler al París de Jean Cocteau, dejó en su obra testimonios inolvidables de sus experiencias con las mariposas en su largo diario que Bruce Chatwin llamó una de las producciones más raras de la Segunda Guerra Mundial. Y aquí hago una pausa para tratar de entender cómo fue que las nubes de mariposas de Mauricio Babilonia se desplazaron a un libro del propio Chatwin. No tiene por qué ser un plagio. En Medellín, Antioquia, en los años sesenta, yo viví una estrambótica invasión de mariposas de la vespertina. Muchos nos acordamos todavía de aquel día cuando las vitrinas de los almacenes amanecieron llenas de mariposas negras. Un escritor antioqueño de la generación que siguió al nadaísmo, las recordó en un libro suyo. Por desgracia, he olvidado su nombre.

Imitando a las mariposas que van y vienen, recordemos aquí a Claudio Eliano, que en el capítulo XII de su historia de los animales, número ocho, recuerda las polillas de la cera que atacan las colmenas, y que vuelan hacia las lámparas donde mueren abrasadas. Me pregunto si las atrae la luz. O el calor. Mi ignorancia no lo sabe. Eliano recuerda a propósito un verso de Esquilo: temo mucho el loco destino de la polilla. Lo cual trae a la memoria el sacrificio de Empédocles, que se echó al cráter del Etna, con la irrisoria pretensión de convertirse en un dios.

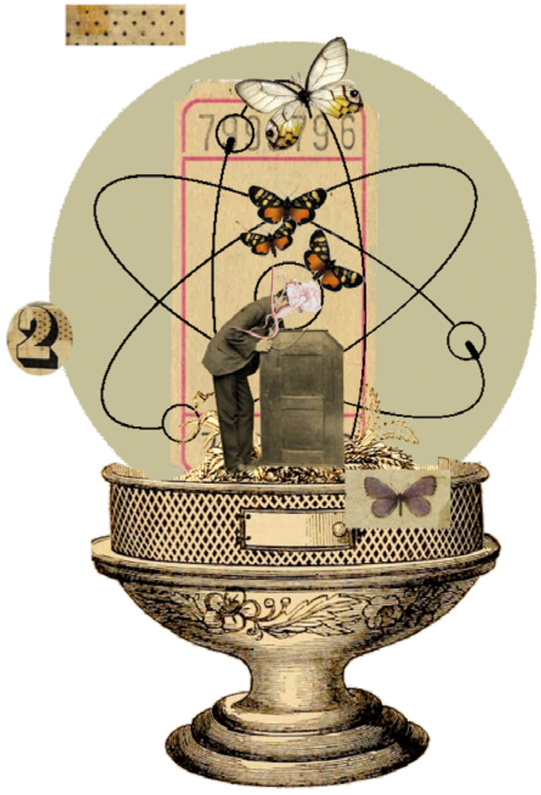
Francis Ponge, un caballero francés, comunista, que debió inspirar a Pablo Neruda, llamó a la mariposa cerilla volante, minúsculo velero, pétalo redundante, y en uno de sus poemas, un poema ejemplar, "La Vela", del libro *De parte de las cosas*, caen unas mariposas harapientas, en noches de altísima luna, y quemadas por el tumulto, tiemblan en un frenesí cercano al estupor. Confieso que "La Vela" es uno de los poemas más bellos que he leído. Y he leído millones de esas cosas…

La palabra mariposa, como la palabra perro, es de origen incierto. Tal vez, dice Corominas, deriva del María, pósate, un antiguo juego infantil. Pues deberíamos llamarla papilio, o papallona, como lo hicieron los latinos.

Al final de este modesto mariposario cae bien un sueño de Nabokov del 23 de noviembre de 1964. Nabokov no sabe si transcurre en Suiza o en España, lo cual ya es grave para la certeza del diagnóstico. En el sueño el maestro atraviesa el *hall* de un hotel, alerta, delgado, vestido de blanco. Baja unas escaleras, hasta llegar a la orilla pantanosa de un lago. Hay muchas flores de pantano, en una tierra rica, colorida y asoleada, pero sin una mariposa, sensación familiar en mis sueños, afirma. Y en vez de la red del cazador de mariposas lleva una enorme cuchara, y se pregunta cómo podrá capturar algo con ese objeto inapropiado. Entonces, advierte a su izquierda un buzón de correos lleno de mariposas que alguien abandonó. Hay una viva, un maravilloso, atípico ejemplar de Argines nacarado, de alas largas donde se funden el verde y un pardo matizado. El animalito lo mira, agonizando mientras él trata de matarla aplastándole el grueso tórax. Pero la mariposa se resiste a morir. Entonces, la desliza en un viejo estuche de cuero rojo con cierre relámpago, y entonces, toma conciencia de que durante todo ese tiempo un hombre que logró pasar inadvertido está junto a él, sentado a su izquierda frente a la caja de las mariposas donde prepara una lámina para el microscopio. Nos hablamos en inglés. Dice Nabokov. Y comprende todo. Es el dueño de las mariposas. Nabokov, el Nabokov que sueña, se siente muy incómodo. Le propone devolver el ejemplar nacarado del que acaba de apoderarse. Pero el hombre se rehúsa, cortés, pero a regañadientes.

Un sueño rico en símbolos, desde luego. Nabokov debía saber que en algunos lugares de este mundo se usa comer mariposas. Y por eso lleva una cuchara. Abandona el hotel por unas escaleras traseras, y se apropia de unas mariposas ajenas que están en un buzón, aunque es consciente de la inviolabilidad de la correspondencia. El extraño aparecido en el sueño de un modo sorpresivo se dispone a usar un microscopio que también podría servir, sobre todo en un sueño, para escudriñar las más diminutas intenciones de un hombre que sueña. Y se hablan en inglés, la lengua del país que lo había acogido como a un hijo, aunque añoró siempre la lengua rusa. Además Nabokov también debía ser consciente, o por lo menos lo era de un modo inconsciente en su sueño, de que se le había acusado de plagiar su novela sobre la ninfa, la nínfula Lolita, a un autor alemán, y que Michel Maar, un desconocido arqueólogo literario, había encontrado un cuento corto, de 1916, con el mismo título, escrito por un tal Heinz Lichberg.

Ya veo la cara que debe estar poniendo mi querido amigo de toda la vida. Él, que tanto desdeñaba a los lectores de sueños, comenzando por el doctor Freud, a quien solía apalear en sus textos siempre que se le presentaba la ocasión, y a quien llamó una y otra vez, con calculado desprecio, el Brujo de Viena.



Confesiones de una *stalker*

por ESTEFANÍA CARVAJAL • **Ilustración de Juan Fernando Ospina**

Antes de la mariposa estuvo el huevo. Y después del huevo, la oruga. Y esa oruga se cubrió en seda y se pegó de una ramita con la cabeza hacia el suelo, incapaz de desplazarse o defenderse, inmóvil, expectante, y ahí esperó muy quieta, confiando en su suerte, hasta que sus alas estuvieron completas y se llenaron de colores.

Dice Kim Zuluaga que hubo una vez un profesor del Salazar y Herrera que era como homofóbico, y por ridículo —por justicia divina, por eso que llaman karma— le tocaron todas las maricas del colegio en un mismo salón.

—Esto parece un mariposario —dijo el profesor.

En ese salón estudiaba Monie Gil, que en ese entonces, hace más de diez años, se llamaba Sebas —un muchacho flaco, casi esquelético, de facciones femeninas y sonrisa amplia, expansores por los que podría pasar un dedo y copete rubio, entre emo y sayayín—, y a ellas les dio rabia, claro, pero también les dio algo así como una sensación de orgullo: mariposas sí eran, claro, bellas y escurridizas como mariposas, coloridas y delicadas, finas, femeninas como mariposas; mariposas sí eran, claro, cómo no.

Lo que no sabía el profesor —y ellas tampoco, aunque ya se lo intuían, ya se lo soñaban— es que el mariposario era apenas un larvario: aún faltaban años para completar la metamorfosis que recién iniciaba. Años de hormonas y cirugías y extensiones y bótox y de verse al espejo y sentir que ya casi pero que aún no, y también años de aprender a vivir en un cuerpo nuevo que la gente mira en la calle, de reojo o de frente, con curiosidad o con rechazo, pero que nunca —menos con esa ropa, menos con esas maneras, mucho menos cuando van todas juntas— pasa desapercibido.

—A mí me gusta ser extravagante, llamar la atención —dice Kim en una de las tantas entrevistas que le han hecho desde que una tutela suya llegó a la Corte Constitucional y les permitió a las trans de Colombia ir vestidas al colegio con el *yómber* de las niñas.

Se habían conocido por internet, antes de llamarse a sí mismos ellas, pero cuando la curiosidad ya se había despertado: desde niños sabían que no eran tan niños como los demás. Era 2008. En MTV aún pasaban Los diez más pedidos y las redes sociales —My Space, Facebook, Hi5— eran lo último en guarachas. Su amistad empezó como empiezan tantas amistades hoy: con una solicitud, con un *like*, con un encuentro virtual. Y entonces, por fin se vieron las caras, y al verse las caras se reconocieron en el otro: en sus copetes, en sus rasgos femeninos, en sus gestos amanerados. Eran, como ellas dicen, maricas indefinidos. De esos pelados que uno ve en la calle y no sabe si son niño o niña o son qué. Un grupito de niños andróginos que se encontraba en el Parque de los Deseos o en un parque cercano a sus casas y ahí charlaban y jodían y grababan videos para subir al Facebook que dedicaban a todos los papacitos, con el mismo sonsonete chillón y el mismo acentico arrastrado de paisa que se hace la boba, pero que de boba no tiene un pelo, que puso de moda Natalia París.

Primero fueron El Cartel y luego Mariposario MRP, en honor al profesor ese del Salazar y Herrera. Eran Monie Gil, Luna Gil, Fresa Mejía, Camilo Dior —que ahora se llama Camila Montoya y vive en Estados Unidos— y Evelyn Velásquez —que después de su transformación en mujer decidió regresar a su apariencia masculina y terminó quitándose las siliconas que se había puesto—. Más tarde llegaron Kim Zuluaga y Camila Gil —pero pelearon y Camila Gil terminó montando rancho aparte—, y finalmente se sumaron Valeria Nanclares y Jhoana Franco.

El grupo ha mutado tanto como sus cuerpos, y nosotros, los *stalkers*, hemos asistido paso a paso a su transformación. Ellas mismas nos abrieron las puertas de sus crisálidas: las vimos entrar y salir del quirófano una y otra vez, cada vez más chimbitas, más mariposas, más potras, más muñecas, las vimos presumir unas tetas incipientes de preadolescentes que les crecieron cuando empezaron a tomar hormonas y luego las repisas de silicona —redondas, impúdicas— que les montó el cirujano, las vimos agrandarse el culo, dejarse crecer el pelo, montarse extensiones de color distinto cada mes, las vimos con los labios inyectados, ay, con boquitas de Bratz, con los dientes derechitos, muy blancos, grandes y cuadrados como chicles, las vimos con la mascarilla, con el *peeling*, con el gimnasio, con la faja, las vimos cambiar y cambiar hasta que se convirtieron en las mujeres que siempre habían sido.

—No quedó ni el pegao de ese niño que yo era, súper aburrido, súper deprimido —dice Monie Gil en un video que grabó ella misma en la sala de su casa, sentada al lado de su cachorro—. Eso es un proceso. Imagínese: diez años para yo ser este mujerón tan hermoso que están viendo en este momento.

Busco en YouTube Mariposario MRP antes y después. El primer video que me aparece es de hace ocho años. No iban ni por la mitad del camino, pero ya los cambios se notaban: de cinco larvillas peludas encopetadas como pájaro loco, vestidas con camisas de cuadros sin mangas, esqueletico blanco por debajo y *jeans* entubados, enfierradas con cadenas de plata falsa colgando de sus correas, a cinco orugas flacuchentas con pelucas monas, largas hasta la cintura y con el peinado de Avril Lavigne cuando empezó a vestirse de rosado, y las mismas camisas de cuadros que usaban antes, pero amarradas como ombligueras, y los mismos *jeans* entubados de cuando eran niños emo, pero convertidos en chorcitos. Y luego el algoritmo de YouTube me recomienda un video, y después otro, y después otro, y así termino viendo horas y horas de video con sus caras y sus gestos y sus voces metálicas, sus palabras cantadas, juguetonas, pecadoras, frívolas, y como ellas se muestran con la honestidad del que sabe que vive para mostrarse, y como ellas no son otra cosa que lo único que podrían ser, pronto las veo

mari
posas

y así, songo sorongo, de video en video, me cojo todo el chisme.

Supe que Kim Zuluaga antes se llamaba Brayan y que a los cuatro años ya se había dado cuenta de que era gay. A los dieciséis quería convertirse en un marica serio, sin tanta pluma, pero como no pudo, como vio que eso no era lo que era, decidió ser trans.

—Y lo seguiré siendo hasta la muerte —dice.

Su papá y su mamá, por ninguna parte. La que crio a Brayan fue la abuela y siempre lo defendió, porque desde chiquito hubo que defenderlo de los hombres de la familia que lo criticaban por amanerado. Y cuando le dijo que él ya no era Brayan, sino Kim, también le dio la mano: hasta la acompañó a comprarse ropa de muchacha.

—Vea, pasa esto, esto y esto: no me lo va a discriminar —le dijo la abuela al abuelo de Kim.

Y luego pasó lo del Inem —que se fue de *yómber* y pelo largo y otros pelados también quisieron irse de *yómber* y pelo largo y el rector la señaló de ser una mala influencia—, y también sucedió que interpuso una tutela, que la perdió, que apeló y apeló hasta que llegó a la Corte Constitucional, y ocurrió que ganó esa tutela cuando ya la habían echado del Inem y había validado el bachillerato, cuando ya pa qué, pero por la tutela la conocieron en Medellín y en Bogotá y por la tutela salió en *Soho*, en la portada, muy empelota, y desde que salió en *Soho* la vida la fue llevando de aquí pa allá, de fiesta en fiesta, de finca en finca, de planchón en planchón, conoció el aleteo y fue la primera en bailarlo, amanecida, de gafita oscura, bombombún y vestido de baño, acumuló miles de seguidores en Instagram, en Twitter, en Facebook, entrevistas en la televisión, en la radio, en los periódicos, en todas las redes, y luego se hizo *DJ* de guaracha y vinieron más retoques aquí y allá, la naricita, los labiecitos, hasta que fue todo lo chimbita que pudo, todo lo mujer que pudo, salvo por una cosa: la sorprecita que guarda con orgullo entre las piernas y que muestra con mucho gusto a sus seguidores en OnlyFans.

—¿Se operarían…? —les preguntan a cada rato.

—Ay, nooo, ¡eso sí jamáááas! —responden ellas.

Somos chicas exóticas, dicen. Lo que nos gusta es dañar mentes. No los gays, no las otras locas: les gustan machos-machos, de los que parecen heteros, de los que alguna vez juraron que jamás probarían pipí.

—Eso es lo que les gusta a los hombres de nosotras las trans —dice Kim en un video.

—Lo he dicho cincuenta mil veces, ochocientas mil veces en todas las redes sociales —dice Luna en otro.

Es Jueves Santo en Medellín y otra vez, por la pandemia, no hay procesiones. Luna Gil es tendencia en Twitter por un video que acaba de postear. Tiene puesto uno de esos putidisfraces de monja que venden en las *sex shops* y empuña un cuchillo con la mano izquierda.

—Cuchillo, pa matarte, se formó el aleteo —canta—. Cuchillo, pa matarte, estoy loca y no copeo —canta. Luego se ríe. Sus tetas son un par de globos muy juntos que se quieren salir del disfraz. Se las operó dos veces para que le quedaran así: enormes y plásticas, como los maniquís de El Hueco. Si no se moviera en el video, si no hablara, si su voz no fuera la misma que cuando andaba con sus primeras tetas montando en su bicicletica —de roce, para el barrio, y haciendo ejercicio para los cuerpazos—, sería difícil creer que Luna Gil es un ser real, de carne y hueso, y no una escultura de cera o un engaño del Photoshop.

—Yo soy remamacita de frente, ¿bueno? —dice.

La busco en Instagram para ver qué más hay. Muñeca inflable, dice su biografía. Lo logró a punta de cirugías —sesenta millones en la lipo, en los glúteos, en las tetas, en su nariz finita de Michael Jackson— y a punta de carisma, también, porque las operaciones se las pagó ella misma trabajando como modelo *webcam*. Ahora, sus casi 500 000 seguidores le dan de comer: tiene contratos con marcas, la llaman de eventos, están grabando un documental sobre ella, la paran en la calle y le piden fotos.

Abro sus historias. Otra vez el video del cuchillo y luego, en la siguiente historia, un primer plano de su cara enmarcada en el hábito negro del disfraz de *sex shop*.

—Hola, seguidores, el Jueves Santo llegó la monjita a recomendarte Nepewaff: los mejores penes del momento —dice, y le da un mordisco a una paleta en forma de pene cubierta de chocolate blanco.

—Si ya probaste negro y blanco y ninguno te ha satisfecho, entonces acá te vengo a recomendar el pene más delicioso: el que me voy a comer yo.

En la siguiente historia, Luna Gil mira a la cámara. Le tocó eliminar el video del cuchillo, dice, porque alguien denunció la cuenta. Era un chiste no más, tal vez un poco pesado para un Jueves Santo.

—Pero es que hay gente muy envidiosa —concluye.

Y las envidias son gajes del oficio de ser diva, qué se le va a hacer. Luna Gil, Kim Zuluaga, Monie Gil y las demás mariposas se han convertido en una nueva especie de *socialites* de los excesos. Ellas pusieron de moda la guaracha, que se escucha en los privaditos de Guatapé y de Santa Fe de Antioquia y en los barrios del norte de Medellín y también en la Roosevelt, esa calle larga de Queens donde venden buñuelos y empanadas para los colombianos nostálgicos. Ellas exportaron el taque taraque taque y dijeron jamásssss, mentirisssss y yo soy remamacita de frente antes de que otras empezaran a decirlo. Ellas fueron las primeras en abrir OnlyFans. Las primeras *webcamers* exóticas de Medellín. Las primeras trans de la ciudad que usaron las redes sociales como una plataforma para ser libres.

Ellas estaban influenciando antes de que el mundo hablara de *influencers* y aun sin un discurso político explícito, aún sin las preocupaciones conceptuales por los roles de género, aun sin cuestionar su estética heredada del narcotráfico, sin empuñar las banderas contemporáneas de lo correcto, sin asumirse como líderes de la comunidad LGBT, aun sin hablar por otras que no fueran ellas mismas lograron convertir a Medellín —esa ciudad goda que escondía a sus trans en los bares de Barbacoas y Lovaina— en su mariposario a gran escala. Y en este mariposario montañero en el que siempre es primavera, las MRP son las reinas y señoras de la mundanidad.

Velorio en Puerto Cachicamo

Fotografías por FEDERICO RÍOS

El ministro de Defensa, Diego Molano, dijo hace unas semanas que los menores se convertían en “máquinas de guerra” al ser reclutados por la guerrilla. Intentaba justificar la reciente muerte de adolescentes en un bombardeo del Ejército en el municipio de Calamar, Guaviare. Las fotos de Federico Ríos en el velorio de una de las menores, en Puerto Cachicamo, muestran el dolor repetido y las costumbres sombrías que dejan las “victorias del Estado" en algunos sitios.

Los niños caminan formando dos filas a lado y lado de la calle de tierra. Agitan unas banderitas de papel con mensajes escritos. No es fácil adivinar los motivos de la procesión: una fiesta religiosa, un torneo escolar, una visita ilustre... Pero el centro de la imagen en el centro de la escena deja clara la realidad que Colombia tanto ha conocido. En el cementerio de Puerto Cachicamo se encuentra la tumba de Danna Liseth Mantilla. Danna, de dieciséis años, murió en un bombardeo contra un grupo de guerrilleros rebeldes en el sur de Colombia.

12 de marzo de 2021.

Un niño del pueblo enciende las velas para rodear el féretro de Yeimi Sofía Vega Merchán durante la velación en la caseta comunal de Puerto Cachicamo. Las doce cajas de cerveza que soportan esa especie de altar no le restan solemnidad a la escena. Yeimi, de quince años, murió durante un ataque militar a un campamento guerrillero en las selvas del sur de Colombia. El vaso de agua en el piso sirve como clamor, impotencia, superstición, agonía.

13 de marzo de 2021.

El cadáver de Yeimi fue entregado a su familia más de diez días después de su muerte, en un ataúd embalado en una bolsa blanca. Su madre, Amparo Merchán, toma una foto del ataúd de su hija durante la vigilia en la caseta comunal. El ojo memorioso y terrible de los teléfonos celulares. Levantar la tapa, asomarse con cuidado al ataúd donde está el cuerpo de su hija. Comprobar la verdad inaceptable de la muerte a los dieciséis años.

13 de marzo de 2021.

Amparo Merchán y su hija Nicol, de once años, lloran junto a la tumba de Yeimi Sofía Vega Merchán. Están en el piso, sobre la tierra firme, y sin embargo esos brazos de familiares y amigos deben hacer esfuerzos para sostenerlas.

14 de marzo de 2021.

Jhon Albert Montilla, padre de Danna Liseth Montilla, de dieciséis años, y Rosi Niyoana Zambrano, madre de Jhonatan Sánchez Zambrano, rezan junto a un altar improvisado en memoria de sus hijos. Las botellas de cerveza son de nuevo los candelabros. El silencio que queda luego del estruendo de los velorios. Son las 8:20 y ni la muerte ha logrado desordenar los peroles impecables en la cocina.

Nueva Colombia, Guaviare.
15 de marzo de 2021

El error de la manzana

por SEBASTIÁN GAVIRIA • **Ilustración de Titania**

Hace unos días me di a la tarea de encontrar la causa de mi odio entrañable por la manzana, esa fruta infame que no tiene nada de especial, pero que me produce una desazón profunda y me carcome por dentro como algo químico e insoportable. Estaba decidido, de verdad, sabía que alguna explicación tenía que encontrar a ese rechazo tan definitivo, que llegaría a la raíz del absurdo, que me tropezaría con algo que demostrara que algo en mí o en la manzana estaba mal. Pero buscando aquí y allá, me desvié de mi propósito y hubo una pequeña variación inesperada: descubrí que la manzana, una fruta, en apariencia, sencilla e inocente, en realidad había partido de la historia perversa y estimulante de la humanidad. Descubrí que se había dado el lujo grosero de haber viajado por las noches y los siglos, desde la antigüedad hasta nuestra era. Y que su balance era ante todo positivo: su color había sido comparado con los labios de la mujer; su sabor con el verano profundo y cálido, pues "cuaja en el corazón de la manzana la dulzura estival"; y su forma había dado pie para bautizar cuadras de barrio en las que, los 31 de diciembre, algunos optimistas dan varias vueltas con una maleta al hombro para asegurarse, según ellos, el infinito viajar.

Mientras leía esos artículos y poemas elogiosos con la manzana, hice un esfuerzo por recordarme que las cosas del mundo no están siempre en positivo. Faltaba la otra cara de la moneda. En el mundo acecha el error, la imperfección. Ahí estábamos nosotros como prueba: imperfectos en un mundo imperfecto. Empecé, entonces, a buscar el error de la manzana, a buscar su grieta, la ranura por donde todo se resquebraja. Y con los ojos abiertos como lupas, buscando entre líneas y líneas, leyendo cada nota y cada texto, di con la fisura, di con aquello que rompe las apariencias perfectas, con la posibilidad de saldar cuentas con la frutilla intrusa, con un error que es fruto —no existe una mejor palabra— de ese amor ciego que para muchos representa esa pelotita verde, amarilla o roja. Un error, debo decirlo, que me recordó lo disparatados que son nuestros orgullos y grandezas, cuando en realidad somos ante todo falibles e ignorantes perpetuos de nuestra realidad fragmentada.

Muchos no lo saben, pero con la manzana, por ejemplo, la grandísima María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, escribió la siguiente errata: "1. Fruto del manzano. Fruta redonda, de piel fina, verde, amarilla o roja o mezclada de estos colores, carne blanca y semillas en forma de pepitas encerradas en el centro en una cápsula coriácea de cinco divisiones […] Por alusión a la manzana ofrecida por Eva a Adán, se emplea en algunas frases simbolizando la tentación". Bueno, ¿y dónde está el error? El error está en que Eva no le dio ninguna manzana a Adán. No, qué tal, ni más faltaba. Lo que en realidad le dio fue el "fruto prohibido". Las diferentes biblias —hay miles— lo mencionan como "fruto prohibido" y no como una manzana. La Biblia Vulgata en español, por ejemplo (y les dejo la tarea para que investiguen en las otras biblias), dice: "Mas del fruto de aquel árbol, que está en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiésemos, ni lo tocásemos siquiera, para que no muramos".

Un fruto prohibido, todo hay que decirlo, que pudo haber sido un mamoncillo, un mango o un plátano, como lo propuso Juan Cárdenas en su libro *Volver a comer del árbol de la ciencia*. Un fruto prohibido que también pudo ser la chirimoya, pues como dijo el teniente y viajero Carl August Gosselman, que visitó Antioquia en el siglo XIX: "Al observar ese jardín sombreado por limosneros y naranjos y la abundancia de frutas exóticas y deliciosas como la piña, el mango, la chirimoya, no sería aventurado sospechar que aquí pudo estar ubicado el Edén […] Sobre todo viendo la existencia del cuerpo del delito del Paraíso: el fruto prohibido, que con tanta abundancia y riqueza se da acá".

Pero el error de la manzana no es propiedad exclusiva de la grandísima filóloga española, no. Me encontré con más de un pillín por ahí. Uno que otro relajamiento intelectual. Y es que en este error de dulce ceguera cayeron —y siguen cayendo—autores de fina estampa. Fernando González, por ejemplo, en su bello y sabroso libro *Viaje a pie* dijo que "casi se mueren de delicia Adán y Eva en el Paraíso, pues su terror supremo era la manzana y comieron de ella". García Márquez, en uno de sus artículos de los *Textos costeños*, dijo algo como "la manzana prohibida del paraíso cretense". Y en su divertido y humorístico cuento *El diario de Adán y Eva*, el escritor norteamericano Mark Twain se desbarranca con la ignominiosa fruta, aunque luego, burlonamente, diga —aunque no le creo— que se trataba de unas castañas. Dice Adán en el cuento: "De hecho, no lamenté que viniera, porque aquí casi no hay nada de comer y me trajo unas cuantas manzanas. No me quedó más remedio que comerlas, estaba muerto de hambre". ¡Hombre tenía que ser!, diría una amiga feminista.

Un par de ejemplos más del error que ha provocado esta fruta solapada. El célebre historiador británico Paul Johnson, que con *La historia de los judíos* y *Tiempos modernos* entró en la lista de *bestsellers* y se ganó el reconocimiento como uno de los historiadores contemporáneos más importantes del siglo XX, también entró en la lista de damnificados. En su libro *En busca de Dios* —página 73, por si las moscas— dijo que "Satanás logró tentar a Eva a comer la manzana fatal". Al menos estamos de acuerdo en lo de fatal, pero ahí está la desgraciada. En el error no se descoyuntó Michel Onfray en su *Tratado de ateología*. El filósofo francés, sin dejarse embaucar por la fruta traicionera, dice: "El fruto del árbol del conocimiento deja un sabor amargo en la boca". Lo que no sabemos es en cuál sabor estaba pensando Onfray cuando escribió sus líneas, pero lo que soy yo le apuesto al maracuyá o al zapote, no sé ustedes.

Lo cierto es que con el tiempo la manzana se convirtió en el símbolo del fruto prohibido y empezó a representar el "mal", el "pecado original", la causa de todas las desgracias de este mundo "agobiado y doliente". Pero la verdad es que no sabemos cuándo pasó. Dicen que fueron los artistas quienes acuñaron el eterno imaginario de la manzana en el Edén. Algunos de los más grandes, cuya reputación hoy nos llega como las olas del tiempo, cayeron redondos en los encantamientos del consabido error, así como cayó Blancanieves cuando la bruja la engañó con una… Del error con la manzana no se escaparon Tiziano ni Rubens —que copió a Tiziano y no se dio cuenta del detalle—. Tampoco Durero. Uno se puede dar una pasadita por el Museo del Prado virtual para ver los cuadros de Adán y Eva de estos maestros y ver allí pintada la manzana sinvergüenza. ¿Cuándo se pintó por primera vez la manzana en el Edén en un cuadro? Dejémosles el trabajito a los historiadores de arte.

El error con la manzana también restañó, zumbó y retumbó en la música. Este desliz podría ser un típico *hush hush* oportuno para la revista *Caras*, con titular de página y media. A mediados de los noventa una canción recorrió el mundo. O bueno, tal vez al mundo no, de pronto este terruño tropical y violento, asombroso y sangriento que llamamos América Latina. La canción se titulaba *Pies descalzos, sueños blancos*. Un himno para personas resentidas que conmovió, desmedida e indecorosamente, a la industria musical. De la cantante, incluso, se llegó a decir que era la equivalente perfecta de Alanis Morissette en este lado del continente (una exageración). Una de las estrofillas iniciales de la susodicha canción dice algo así como (y cito de memoria porque me la aprendí cuando era adolescente, también fui —y tal vez soy— un resentido): "Tú mordiste la manzana / y renunciaste al paraíso / y condenaste a una serpiente / siendo tú el que así lo quiso". ¡Ay, nuestras leyendas musicales! ¡Ya solo nos quedan cantantes de reguetón!

Lo sé, lo sé. Soy consciente del riesgo que corro por improvisar aquí una diatriba contra esta fruta legendaria. Y es que sé que hay fanáticos que adoran la manzana con furor ideológico —valga la redundancia—. Y sé que la presencia de la manzana, que está en todas partes como un narrador omnisciente en tercera persona, es propensa a generar disputas y rencillas, a generar desavenencias y querellas pendencieras y mitológicas. Claro, y es que fue por una manzana que se armó la de Troya: la manzana de la Discordia. Y si no me creen, pues denle una ojeada al *Cursillo de mitología* del muy injustamente olvidado don Roberto Cadavid Misas, Argos, ese gazapero profesional que con su divertida y sabrosa prosa —perdonen la cacofonía— nos contó que Discordia, una rechazadita del club social de los dioses, "se sintió muy pordebajeada", y entonces "cogió una manzana de oro y la marcó: Para la más hermosa. Y con disimulo la dejó caer debajo de una mesa donde la vieran las otras tres". Resulta que las otras tres eran Venus, Juno y Minerva, que al ver la fruta se lanzaron de inmediato a cogerla, porque cada una era la más hermosa, quién lo discute. Y entonces vino el problema: todas la querían, pero solo había una. Llamaron al promiscuo de Zeus a dirimir. Su solución salomónica fue que el vereducto final del reinado nacional de belleza del Olimpo lo dictaminara Paris, el hermano de Héctor, el enemigo de Aquiles —que era Brad Pitt en la película, para más señas— en la guerra de Troya. Paris, con total oportunismo y sabiduría, eligió a Venus, pues la diosa le prometió —como un buen político de estos días— a la mujer más bella del mundo: nada más y nada menos que a Helena, esposa de Menelao, la mujer por quien se armó la guerra.

En fin, el prontuario de esta fruta terrible es apabullante. No tendría cómo transcribirlo aquí. Y aunque no he podido descubrir por qué siento este desagrado casi existencial por la manzana, sí he podido llegar a la conclusión de que esta frutilla infame evidencia nuestras inocultables flaquezas, nuestra fragilidad ramplona, y también refleja lo poco que somos, aunque nos creamos dioses. Ahora al desagradable sabor que me produce se sumó la desagradable verdad que representa: el solapamiento del error de una fruta tan cantada, tan pintada, tan dulce y jabonosa, tan torpe. Una fruta que —como dijo un maestro y amable amigo, Mauricio Jaramillo, a quien le debo este texto y algunas de las citas que tomé de ese libro bellísimo y sabio que es *Viajando por el viaje a pie*— sirvió para todo: a Guillermo Tell para disparar sobre la cabeza de su hijo, a Newton para dar con la Ley de la Gravedad, a los chilenos para que la exporten, a los niños en las películas para conquistar a la profesoras, a los inventores para que diseñen complejos aparatos que la parten en mitades, a los chefs para hacer pasteles y tortas, a los gringos para llamar aumentada a Nueva York y a los industriales para marcar computadores, como en el que escribo en este momento —qué paradoja—.

Hoy, después de buscar aquí y allá como un poseso, bajo la lluvia y mi estupidez, no he podido dar con la causa de mi aversión. Ni siquiera sabría decir cuándo surgió este amor enfermizo que siente la humanidad por esta fruta que se instaló en el génesis mismo de nuestra historia. Con la llegada del fracaso y la inminencia de esta causa perdida, me empiezo a dar cuenta de que tal vez, de manera simbólica, la manzana sí sea nuestro fruto prohibido. Tal vez sí estaba en el Edén. Tal vez nosotros mismos le dimos personalidad para que estuviera allí como un recordatorio de nuestros deslices, de nuestra ceguera, de nuestro torpe y hueco orgullo. Quizás —es lo más probable— la manzana exista para que recordemos lo pequeños que somos, la nada que sabemos, la triste y filosófica verdad de que solo sabemos que nada sabemos. Sin embargo, a pesar de esta razón irrebatible y de las más de dos mil palabras que empleé y que demuestran su presencia totalitaria y demagógica, la alta estima en la que es tenida, yo debo confesar, con pena y con tristeza, con el honor manchado por la derrota, que francamente no me la trago. Es así de simple —o de amargo— Y punto.

Daniel Álvarez Ospina
Mueble
Collage digital
2021

El proceso contra Santiago Uribe Vélez comenzó tres años antes de la primera presidencia de su hermano. Un recorrido con arranques, paradas, retrocesos hasta el final del juicio hace unas semanas. La alianza entre policías, militares, un sacerdote, ganaderos y asesinos menores constituye una saga fundadora del paramilitarismo. Les dejamos noticias, voces, panfletos y amenazas que a mediados de los noventa fueron "ley y orden" en el norte de Antioquia. Favor leer antes del fallo.

Santiago el menor

La lista negra de Los doce apóstoles

por SERGIO MESA CÁRDENAS • **Ilustraciones de Equipo UC**

El sábado 15 de febrero de 1992 circuló, en medio de la fría noche de Yarumal, un pueblo enclavado en un cerro llamado Morro Azul, un panfleto en el que se anunciaba: "Unidos acabaremos con quince (15) o veinte (20) asquerosos que están acabando con la región". La advertencia comenzaría a correr sembrando temor, no solo en Yarumal, sino en Campamento, un municipio panelero a cuarenta minutos, por la vía que conduce a Angostura. El escuadrón se bautizó como Autodefensas del Norte Lechero y todo el mundo los conoció como Los Lecheros.

Entre el 6 de junio de 1993 y el 8 de enero de 1994 el capitán Pedro Manuel Benavides Rivera comandó del Distrito 7 de Policía de Yarumal y fue el encargado de entregarle el mando al teniente Juan Carlos Meneses Quintero que ocupó la comandancia hasta principios de mayo de 1994. Durante cien días Meneses conocería de cerca a los militares, agentes, financiadores, comerciantes y sicarios de las autodefensas que operaban en la zona urbana y rural del municipio, los mismos que han sido mencionados en el expediente durante veinticinco años de investigación llevada por la Fiscalía sobre el caso. Jorge Alberto Osorio Rojas, alias Rodrigo o El mono de los Llanos, era el jefe rural de Los Lecheros, mientras que los sicarios urbanos estaban bajo el mando de Hernán Darío Zapata Correa, alias Pelo de Chonta o Tuso. Zapata Correa —según ha declarado su familia— fue asesinado por sicarios de Los Lecheros por temor a que fuera a entregar información que pudiera involucrar a sus financiadores y jefes.

El pasado 28 de febrero —29 años después de la aparición del panfleto— viajé a Campamento para entrevistarme con el expersonero Jhon Jairo Álvarez Agudelo, a quien le dicen Topo. Álvarez Agudelo, haciendo uso de su memoria, llena de detalles, nombres y apellidos de las víctimas, y fechas, con día, mes y año, me relató cómo conoció "la lista negra" en la que aparecían los nombres de las víctimas asesinadas por Los Lecheros, bajo la coordinación de la Policía de Yarumal y el Ejército de la Cuarta Brigada acantonado en el cerro La Marconi.

***

Jhon Jairo Álvarez Agudelo fue nombrado personero de Campamento a finales de 1993 y ejerció hasta 1995. Desde su función como representante de la comunidad en temas de Derechos Humanos conoció la llamada lista negra y se atrevió a confrontar a los asesinos que desde el comando de Policía de Yarumal daban la orden de "chulear" los muertos.

—Yo me di cuenta de la lista negra por el mes de febrero de 1994. Me di cuenta de la lista negra porque un policía de apellido Vargas [que] estaba aburrido en la policía en donde él estaba, debido a que el entorno en el que él vivía era [de] vamos a matar a fulanito, vamos a matar a peranito, vamos a matar a sultanito […] y era un policía serio. Él en una cierta ocasión se me acercó a la oficina, siendo yo personero, y me dijo: "Personero, yo quiero hablar con usted algo muy serio". Yo le dije: Vargas, cuénteme. Me respondió que él me ayudaba y yo le ayudaba. Me dijo: "Yo le voy a conseguir algo muy importante sobre la lista negra que maneja el comandante de la Policía [en Campamento]".

[El comandante de la Policía en Campamento para 1994 era Jhon Jairo Álvarez Patiño].

—Yo le dije: "Vargas, por la noche nos vemos y hablamos". Él pertenecía al Distrito de Policía de Yarumal. En esa época estaba Menenes [Juan Carlos] de comandante. Cuando yo le dije, a Vargas, que yo le colaborada, él me respondió: "Para que usted me ayude a salir trasladado de acá, yo no quiero seguir trabajando ni acá en Campamento ni en este Distrito". Le dije que sí. Me lo llevé para [la cantina] Claro de Luna, él estaba de civil. Nos tomamos unos guaros y en Noches del Recuerdo [otra cantina en el parque de Campamento], me entregó la lista. Cuando yo miro la lista ¡claro! ya había muerto Jorge [Iván] Serna. Ahí tenía la cruz. Ya había muerto Yubán Ceballos; ya tenía la cruz. A Bernardo Ceballos lo tenían ahí como se dice pendiente. [No lo pudieron matar porque] él se le voló al Ejército. Eso fue el 22 de diciembre de 1993. Siguiente: Camilo Barrientos [Durán]. [Otros eran] William Restrepo, Carlos Cárdenas, Carlos Lopera, Ramiro Sierra, Januario Porras, Fernando Barrientos, Jhon Jairo Hernández, William Restrepo Builes, Pedro Tabares. ¿Cómo? Yo miraba y yo no estaba ahí todavía. No sabían que yo iba a ser su peor enemigo. Él me entrega esa lista y yo ahí mismo me la guardé.

—¿Qué hizo usted con esa lista? —le pregunto.

—Esa lista, inmediatamente, [se la] reporté a la Defensoría del Pueblo. A la Fiscalía llevé [la lista] original. Yo dejé una copia, pero en una toma guerrillera del 96, como por ahí [en el Palacio] quedaban las instalaciones de la Personería, se perdieron muchos archivos. [El edificio] lo dinamitaron y se perdió todo. En Medellín no reposa en ninguna parte. Yo al policía [Vargas] le conseguí el traslado.

—Usted lo que hizo fue memorizar esos nombres —le interrumpo.

—¡Claro! Pero fui con la lista.

—¿Y la lista tenía algún membrete, era una hoja en blanco, estaba hecha a mano? —le interpelo.

—El encabezamiento [de la lista] era a máquina de escribir, del mismo comando de la Policía: Muerte a secuestradores, extorsionistas, colaboradores y auxiliadores de la guerrilla.

—¿Parecido al panfleto que circuló en febrero de 1992? —le digo haciéndole énfasis.

—Sí, muy parecido. Entonces yo me voy con esa lista para Yarumal ocho días antes de que mataran a Camilo Barrientos.

—¿Y con quién se entrevistó usted en Yarumal?

—Con Juan Carlos Meneses y el teniente Rodríguez de la Sijín —me responde—. Me fui con Fernando Barrientos, Camilo Barrientos, Jhon Jairo Hernández, Pedro Tabares, William Restrepo. Allá estuvimos en el comando de la Policía.

—¿Usted fue donde Juan Carlos Meneses acompañado de las mismas personas que estaban en la lista? —le pregunto sorprendido.

—Sí.

—¿Y ellos qué le dijeron?

—Entonces, Meneses me dijo: "Hombre, personero, cómo se le ocurre a usted decir que nosotros la Policía tenemos una lista negra, de dónde sacó eso". [Le dije] me la conseguí. No me pregunte de a dónde porque no le voy a decir la fuente, pero vea, acá ya están reseñados: Yubán Ceballos, ya está muerto; Jorge Iván Serna Henao, ya está muerto; Bernardo Ceballos Gil, quedó en la incógnita porque se les voló a los del Ejército del Batallón [Pedro Nel Ospina], al capitán González. [Meneses me dijo:] "Personero, usted de dónde sacó eso". Teniente Rodríguez vea con lo que sale el personero de Campamento, lo que está diciendo, que nosotros manejamos una lista negra y que ya hay muertos.

—¿Eso fue en el comando de Policía en Yarumal?

—Sí, ahí mismo donde está el actual comando, al frente de donde quedaba la Funeraria Salazar [calle 18 entre carreras 21 y 22]. Cuando nosotros salimos Meneses dijo: "Vea estos hijueputas guerrilleros vinieron hasta aquí hasta el comando de la Policía".

—¿Cómo supo que Meneses dijo eso?

—Porque un policía, Hernán Betancur, el bueno, escuchó —me dice el expersonero mientras lanza una bocanada del segundo cigarrillo que se está fumando.

***

Camilo Barrientos Durán, conductor de un bus escalera, fue asesinado el 25 de febrero de 1994. Los presuntos sicarios lo mataron en la vía que va de Yarumal a Campamento. El Erizo, el Enano y el Flaco, quien llegó desde Medellín y habría sido contactado por Rodrigo, el mencionado jefe rural de Los Lecheros, se habrían encargado del crimen. Sobre la participación de Santiago Uribe Vélez, administrador de la hacienda La Carolina, declaró Juan Carlos Meneses, quien detalló cómo fue la planeación para asesinar a Barrientos Durán.

"Este muerto [Camilo Barrientos Durán] sí es uno de los que pertenecía a la lista que Santiago Uribe Vélez tenía. Es el conductor de un vehículo escalera que viajaba entre Yarumal y Campamento. […] Me dice Rodrigo que hay tal información, que este conductor, que les lleva las provisiones a la guerrilla, que es el que surte a la guerrilla de material logístico como botas de campaña, linternas, toda esta parte […] es el que les lleva este material a la guerrilla al monte. Rodrigo me comenta que hay un muchacho, un joven que quiere pertenecer al grupo y que a ese muchacho le habían encomendado la misión de asesinar a ese señor Camilo Barrientos. Él se comunica con Santiago, Santiago me hace ir a la hacienda La Carolina y él ahí es donde me dice: vea, mire, este Camilo Barrientos ya yo lo tengo aquí en la lista, entonces vamos a proceder en contra de él porque ya definitivamente es comprobado de que hace parte de la guerrilla y es el que surte logísticamente a la guerrilla, entonces colabórame, teniente, porque vamos a actuar en contra de él, para que se dé cuenta que sí pertenece al listado que yo tengo".

***

El teniente Juan Carlos Meneses Quintero, quien ascendió a mayor, fue condenado a 27 años de prisión por homicidio en persona protegida por el asesinato de Camilo Barrientos Durán. Está hoy en libertad condicional luego de someterse a la Jurisdicción Especial de Paz. Meneses declaró ante la Fiscalía sobre la lista negra, confirmando lo declarado por el expersonero Álvarez Agudelo: "Santiago tenía una lista de las personas a las que se les causaba la muerte […] para esa época Santiago me mostró una lista de personas que debían ser asesinadas por este grupo que él lideraba. Estas personas [estaban] en orden de importancia. Él me mostró la lista. En esa lista había alrededor de veinte o veinticinco personas. Me dijo que esas personas tenían una importancia dentro de la guerrilla y que él las quería asesinar […]".

***

El 28 de marzo de 1990, unos años antes de la llegada de los comandantes Benavides Rivera y Meneses Quintero, el mando del Distrito de Policía N° 7 de Yarumal era ejercido por el capitán Represa, mote con el que era conocido César Emilio Camargo Cuchía. Ese día el comandante estaba de "cacería". En las calles que funcionaban como parqueadero de buses de las empresas intermunicipales, Olga Luz Chavarría Areiza, de diecisiete años y embarazada de tres meses, y Eliécer Pérez Morales, agricultor de 29 años, se alistaban para viajar en un bus de empresa de transporte Coonorte. La pareja fue abordada por el capitán Camargo y el agente Javier Alberto Patiño, quienes luego de pedirles sus identificaciones los condujeron a la estación de Policía, a unas tres cuadras del sitio, un caserón de puertas rojas y portón a la antigua, en la calle 18 entre carreras 21 y 22. Allí se perdió su rastro.

Testigos de la detención, que parecía rutinaria, los vieron partir hacia la estación de Policía. No volvieron a aparecer. Argiro Areiza Londoño, tío de Olga Luz, y Franci Marín Orrego, amigo de infancia, buscaron a la pareja durante varias horas sin tener noticia. El despachador de Coonorte, Libardo de Jesús Mazo Medina, declaró ante la Fiscalía "[…] haber visto ese mismo día, en horas de la mañana, dos miembros de la Policía descendiendo de un bus de esa empresa con una mujer y un hombre y los condujeron hacia el comando". La Procuraduría y la Fiscalía hicieron la inspección del libro de población y minuta de guardia de ese día y no encontraron ningún registro. Se había configurado la desaparición.

El capitán Camargo Cuchía se hizo famoso en Yarumal en 1990 por "una serie de asesinatos en el Norte [de] Antioquia, a comienzos de los años noventa, cuyos cadáveres aparecían flotando en la represa hidroeléctrica de Yarumal". Esa misma versión fue corroborada por el exalcalde (periodo 1990-1992) Jaime Montes Valencia ante la Fiscalía:

"Esa labor horripilante y aterradora de la limpieza social la ha llevado la Policía Nacional y me consta, porque cuando yo fui Juez de Instrucción [en Yarumal] decían que esa labor le correspondía al F2, la cual ignoro, pero en el año de 1989 se desaparecieron de allá una gran cantidad de personas, que cuando vino ese verano aterrador se secaron las represas y en la represa de Miraflores encontraron diez esqueletos […]. Se decía que el director del grupo era el comandante de la Policía de Yarumal y la gente en la calle le gritaba asesino […] y él se preciaba de ser la persona que sembraba el terror. Los delitos los cometían en una Nissan Patrol viejo [sic] que la gente del pueblo eufemísticamente lo llamaban el carro funerario. Cuando llegué a la posición de alcalde el primer acto que hice fue solicitar a través del gobernador de la época que trasladaran ese señor de allá, y si no estoy mal lo trasladaron para Ocaña".

***

El panfleto de Los Lecheros hizo visible una práctica de "limpieza social" que ya tenían en operación la Policía, el F-2 y la Sijín, aliados con sicarios al mando de Rodrigo y Pelo de Chonta.

ALERTA ALERTA ALERTA
CIUDADANOS DEL NORTE LECHERO
LA POLICÍA Y EL EJÉRCITO SON INCAPACES DE CONTROLAR EL ORDEN PÚBLICO, ESTAMOS SIENDO EXTORSIONADOS POR LA GUERRILLA Y NOS SENTIMOS INDEFENSOS ANTE ESTA GRAVE SITUACIÓN. POR ESO HEMOS CONSTITUIDO LAS "AUTODEFENSAS DEL NORTE LECHERO".

UNIDOS ACABAREMOS CON QUINCE (15) O VEINTE (20) ASQUEROSOS QUE ESTÁN ACABANDO CON LA REGIÓN, NOS HEMOS CONSTITUIDO Y PREPARADO PARA COLABORAR, LUCHAR Y COMBATIR, UNIDOS LIMPIAREMOS NUESTRA REGIÓN.

"LE DECLARAMOS LA GUERRA ABIERTA A LA GUERRILLA"

"ADIOS EXTORSIONES Y SECUESTROS"

El alcalde Jaime Montes puso en conocimiento del secretario de Gobierno de Antioquia, Iván Felipe Palacio Restrepo, siendo gobernador Juan María Gómez Martínez, de la amenaza que se cernía sobre Yarumal, en la que caerían "hombres indeseables para la sociedad". Nadie se imaginaba que serían centenares de muertos.

Yarumal, febrero 17 de 1992
Doctor
IVÁN FELIPE PALACIO RESTREPO
Secretario de Gobierno Departamental
Medellín
Respetado Doctor:

Le informo que el sábado en horas nocturnas fue introducido por las rendijas de las puertas de las casas, aquí en el área urbana del municipio un escrito que afecta al orden público. Le adjunto fotocopia de él, para su conocimiento y medidas pertinentes.

Atentamente,
JAIME MONTES VALENCIA
Alcalde Popular
Anexo: Lo enunciado

***

La existencia de la lista negra fue mencionada por varios testigos ante la Fiscalía y la Procuraduría. Inicialmente serían asesinadas veinte personas. La lista fue aumentando con los años.

José Leonidas Rada López, uno de los primeros declarantes ante la Personería de Yarumal, dijo el 4 de octubre de 1993: "Yo vi a varios policías hace aproximadamente veinte días, 15 de septiembre, acechando a un muchacho llamado Mario Jaramillo, el cual tienen en una lista, que dicen que es de unas cincuenta personas, las cuales tienen ya marcadas para asesinarlas. A los policías yo los conozco. Toda la gente se dio cuenta de eso".

Román Darío Roldán Mora, tío de Willinton Argiro Roldán Carvajal, víctima de Los Lecheros, declaró el 17 de agosto de 1993 haber tenido conocimiento de la lista negra porque a él lo iban a matar por orden de un comerciante. Denunció

ante la personera Lilyam Soto Cárdenas al capitán Pedro Manuel Benavides Rivera.

"A mi sobrino, que se llamaba Willinton Roldán Carvajal […] lo mataron al frente de Rancho de Lata, en esas mangas. La fecha no me acuerdo. Mi sobrino estudiaba en el Liceo San Luis; él cursaba segundo de bachillerato. No sé por qué lo mataron […] A mí también me tenían en la lista y a mí me comentó un tipo del F2 […] que se llama Cuesta, [que] lo mataron en Campamento cuando trabajaba en el F2 […], que abriera el ojo que yo también estaba en la lista. El de la moto amarilla, que era yo".

***

El 31 de agosto de 1994, un testigo bajo reserva de identidad, que luego se identificaría como Jair Hernando Betancur Giraldo, declaró que tuvo conocimiento de "[…] una reunión en el restaurante San Felipe, a principios de 1993, a la cual asistieron algunos miembros de la Asociación de Comerciantes de Yarumal —Ascoya— cuya finalidad fue el ofrecimiento de empleo que se hizo a algunos de sus asistentes para que pertenecieran a un grupo de limpieza".

El restaurante San Felipe, uno de los más lujosos de Yarumal en la década del noventa, fue propiedad del comerciante Álvaro Vásquez Arroyave, ganadero y político, alcalde de Santa Rosa de Osos en ese momento y propietario de la finca El buen suceso, colindante con la hacienda La Carolina de los Uribe Vélez, ubicada en el corregimiento de Llanos de Cuivá, donde el frío hiela los nervios a cualquier hora del día.

Álvaro Vásquez Arroyave, el Financista, mantuvo una relación muy estrecha con el capitán Rafael Herney González Pérez, de la compañía Albán, del Batallón Pedro Nel Ospina, y era quien coordinaba la Red de Informantes entre los cuales figuraba el padre Gonzalo Javier Palacio Palacio y otros comerciantes, quienes le entregaban datos sobre campamentos de la guerrilla o cocinas para el procesamiento de coca. Consignaba la información en un cuaderno y viajaba a Medellín a entregársela a un contacto de la Cuarta Brigada. A cada informante le pagaba cincuenta mil pesos de la época.

***

Entre el 6 de julio de 1993 y el 29 de marzo de 1994 —fecha en que se conmemora la fundación de Yarumal en 1787—, fueron asesinadas 39 personas por Los Doce Apóstoles —como se les llamó luego a Los Lecheros por su relación con el padre Gonzalo Javier Palacio— teniendo la mayoría de ellas características de marginalidad, por lo que eran presa fácil de caer en la red de la "limpieza social".

***

16 de julio de 1993. Llanos de Cuivá. Fue asesinado dentro de los predios de la hacienda La Carolina el presunto atracador Manuel Vicente Varela Varela, quien al parecer hacía parte de la banda de delincuentes Los Varelas, señalados de cometer hurtos al comercio y ser cuatreros. Manuel Vicente habría entrado a robar a la hacienda La Carolina donde fue ultimado por hombres que cuidaban los toros de lidia de la ganadería, que, con el mismo nombre de la hacienda, resonó durante muchos años en las plazas de toros de varias ciudades. El cuerpo de Manuel Vicente fue entregado por el mayordomo de la hacienda al capitán Benavides Rivera, quien, para darle un escarmiento a la población y a los demás integrantes de la banda de atracadores, lo amarró al parachoques del carro y le colgó el letrero: "Muerto por extorsionador". Lo pasó por el corregimiento de Llanos de Cuivá, cruzó por la carretera troncal hacia la Costa Atlántica y lo llevó a la zona urbana de Yarumal, hasta la casa de la familia Varela, donde lo exhibió como trofeo. Fueron 33 kilómetros —que separan a Yarumal del corregimiento— por donde se paseó la muerte vestida de verde oliva.

En una grabación oculta realizada por el mayor Juan Carlos Meneses Quintero al capitán Pedro Manuel Benavides Rivera, la cual aportó como "prueba reina" al entregarse a la justicia en 2014, se le escucha decir al capitán Benavides sobre su relación con Santiago Uribe Vélez: "[…] ¿Cuándo supimos de Santiago? Yo, por lo menos, conocí de Santiago el día que [lo] asaltaron ahí en su finca. A partir de ese momento comenzamos a trabajar prácticamente en conjunto; en constante comunicación, con información y todo, para evitar que lo fueran a joder".

***

El 5 de junio de 1990 un grupo de hombres armados, al mando del sargento Tafur, recorrió en camionetas la trocha que conduce del casco urbano de Campamento a la vereda La Solita. Se bajaron en el retén de la minera Las Brisas y continuaron el recorrido a pie. Subieron por una pendiente y llegaron a la finca de la familia Duque López. Allí masacraron a seis personas. Cuatro adultos: Marta María López Gaviria, de 22 años; Luis Gildardo López Gaviria, de 35; Elvia Rosa Velásquez Espinoza, de 22; Hernán Quintero, Chato, de 22; y dos niñas: Ana Yoli Duque López, de 12 años, y Marta Milena López, de 7. Dejaron a dos sobrevivientes: Darwin Cristóbal López, de 6 años, y Renso Antonio Duque Velásquez, con apenas dos meses de nacido. Francisco Luis Duque, abuelo de los niños, logró huir mientras les disparaba desde lejos con una carabina.

"Ellos llegaron en la noche, pidieron alimentos y agua. Mi mamita [Marta María López Gaviria] les dijo que no había. Ellos dijeron: 'Dígales a los señores de la casa que salgan y quédese usted con los niños adentro'. Ella dijo que los señores estaban de viaje. Al instante tiraron un artefacto por la ventana, el cual hizo explosión. Mi mamita nos metió a los niños a la cocina y después nos metió debajo de la cama. Ahí nos dejó, dice Darwin ante los jueces de la Comisión Interamericana que escuchan su relato. Los señores empezaron a disparar muchas veces, demasiadas veces, como si de allá para acá les estuvieran respondiendo [el fuego]. Simplemente había seres humanos indefensos que estábamos en la casa. A mí se me cayó un pedazo del techo encima y quedé adormecido. Cuando ellos ingresan a la casa y me despiertan poniéndome el rayo de la linterna en la cara. Uno de ellos, el que me levanta, estaba vestido totalmente de verde y con un sombrero vueltiao. Me mira y me hace salir. Uno de ellos le dice a otro: 'Mi cabo, ¿lo matamos?'. 'No, necesito un testigo para lo ocurrido', responde el cabo. Entonces me sacan al patio y yo veo a varios hombres fuertemente armados. Me meten al baño. Yo de mi miedo y temor por mi vida volví a salir. Cesaron el fuego. Uno de ellos me interrogó, me sentó y me hizo preguntas: ¿Quiénes eran los que estaban en la casa? Mi familia. ¿Y él señor que salió disparando quién era? Mi papito, les dije. ¿Y él por qué estaba armado? Porque era el arma que él utilizaba para cazar. Mmmm, dice el extraño con incredulidad. El sujeto vuelve y entra a la casa. Siguen rebujando la casa buscando no sé qué. Salen y se despiden. Luego me dicen: 'Si alguien pregunta que quién hizo esto dígales que fueron los del ELN', gritó en voz alta el hombre que comandó la masacre. Se fueron sonriendo como si hubieran hecho algo glorioso. No sé. Algo excelente para ellos. Yo escucho desde afuera de la casa al niño llorando. Ingreso a la casa y él estaba en medio de mi mamita y de su mamá. No sé por qué no me dio por mirarlas. No sé, son cosas de mi Dios. Volví y salí con el niño y me quedé en la silla mecedora hasta el amanecer. Ahí llegaron las mascotas de la casa y nos despertaron. Cogí el niño y bajé a la casa vecina. Allá todo el mundo me miraba extrañado como si hubieran visto dos fantasmas".

Este fue el testimonio de Darwin Cristóbal López ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos el 24 de marzo de 2021. Tuvieron que pasar treinta años, ocho meses y dieciséis días, desde la fecha de ocurrencia de la masacre de La Solita, para que un organismo internacional de derechos humanos lo escuchara. El Estado colombiano no ha hecho justicia en tres décadas. Los abogados que actuaron en representación de Colombia ante la CIDH no pidieron perdón. Solo lamentaron el hecho.

Por la masacre de La Solita se encuentran investigados el general Gustavo Pardo Ariza, como presunto autor intelectual, al ser del B2 de la Cuarta Brigada, quien de acuerdo con el expediente de Los Doce Apóstoles le regaló el arma que le fue encontrada en el allanamiento a la casa cural de la parroquia de La Merced, en Yarumal, al padre Gonzalo Palacio; el teniente José Darío Galeano; el cabo primero Erick Padilla Valencia, quien trabaja en el Gaula Medellín; cabo primero Luis Fernando Ruiz Arbeláez, de Armenia; cabo primero Francisco Pardo Junco, de Cúcuta; cabo segundo Yesid Sampayo, de Valledupar; y dos exguerrilleros de las Farc que se alistaron en las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, ACCU.

***

El diario *El Colombiano*, en su edición del viernes 8 de junio de 1990, publicó un reportaje de la masacre de La Solita. "Sepultadas las víctimas de masacre: nadie los reclamó", titularon los periodistas del área de seguridad.

Los informes conocidos en Medellín señalan que los cuatro adultos y los cuatro menores de edad atacados habían llegado hacía unos tres meses a la región, desplazados por la violencia en la zona del Bajo Cauca antioqueño.

La nota de *El Colombiano* completaba la versión.

"Después de las diligencias legales en el centro asistencial del casco urbano, los despojos mortales de las seis víctimas fueron velados por algunos de sus vecinos, en las instalaciones del teatro parroquial donde se esperaba que llegaran sus familias para reclamarlos y llevarlos a las localidades de donde procedían."

Un mes y dieciocho días antes de ocurrir la masacre de La Solita, el 18 de abril de 1990, se ejecutó la masacre de la finca La Esperanza, en jurisdicción del corregimiento de Puerto Valdivia, a donde llegaron hombres del Batallón de Infantería N° 10, adscrito a la Cuarta Brigada, y asesinaron en su vivienda a Horacio Graciano, Ramón Rúa, Fabio N., María García y Luz Duque, militantes del partido Unión Patriótica, quienes fueron señalados de pertenecer al Frente 18 de las Farc.

Como era el *modus operandi* de algunos batallones de la Cuarta Brigada, entre ellos el Pedro Nel Ospina, en Yarumal, que tenía su guarnición en el cerro de La Marconi, los hombres de la Infantería N° 10 cavaron una fosa común cerca al río El Pescado, donde depositaron los cuerpos de los cinco campesinos.

En su edición del viernes 8 de junio de 1990, el diario *El Colombiano* publicó la nota: "Abierto pliego de cargos contra unidades del Ejército por parte de la Procuraduría, por los hechos ocurridos en la vereda La Esperanza: La desaparición, tortura y muerte de cinco labriegos del corregimiento de Puerto Valdivia, entre otros, los cargos que motivaron la apertura de un pliego de la Procuraduría General de la Nación contra once unidades del Ejército.

Ayer se estableció que tres oficiales, cinco suboficiales y tres soldados deberán hacer, en un plazo de ocho días, los descargos que tienen de los hechos ocurridos el pasado 18 de abril cuando resultaron muertos los labriegos, en principio reseñados como integrantes de las autodenominadas Farc".

***

El lunes 28 de febrero de 2021 visité la vereda La Solita en compañía del expersonero Jhon Jairo Álvarez Agudelo. Atravesamos la vara en donde antes estaba instalado el puesto de control de minera Las Brisas y comenzamos a subir una trocha. Llegamos a una casa que también servía de cantina. Acompañaba el ambiente una ensordecedora canción de música popular. Varios borrachos se veían acostados en el piso de tierra. "Están bebiendo desde ayer domingo", dice el cantinero mientras destapa las gaseosas que le pedimos. Nos devolvemos caminando por la trocha y llegamos a un camino a un lado de la vía. Se ve que siempre ha sido servidumbre por la polvareda que levantan nuestras huellas. Bajamos por el camino y llegamos a la casa sobre cuyas ruinas está la memoria de la masacre de La Solita.

—¿Aquí fue la masacre? —le pregunto a Jhon Jairo.

—Sí, aquí fue. Hasta aquí llegué yo con el inspector de Policía de Campamento en la mañana del 6 de junio de 1990. Todo olía a carne chamuscada —me señala con su mano—. Por todos lados había partes desmembradas, debe ser por la explosión.

—¿Y quiénes cometieron esta masacre? —le pregunto acudiendo a su memoria después de más de treinta años de ocurrida.

—Hombres del Ejército Nacional y de la Policía de Campamento al mando del sargento Tafur.

—¿Y sabe el nombre completo del sargento? —me dice que no y continúa.

—Aquí se recogieron los cuerpos y nos los llevamos para Campamento. Allá se les hizo la sepultura. El día del entierro llegaron al cementerio unos hombres vestidos de militares y preguntaron por Francisco Luis Duque. Se lo iban a llevar. La gente se rebotó y no lo dejamos llevar.

—Seguro lo iban a desaparecer para no dejar testigos —le repongo.

—El viejo Francisco Luis se metió a la guerrilla —me complementa Jhon Jairo—. Yo hablé con él en el 2016 por los lados del Barcino, yendo de Campamento hacia Anorí. Murió de viejo. Con quien nunca más volví a hablar, después de que la amenazaron por estar buscando pistas de quién había asesinado a su familia, fue a María Eugenia López.

—Ella es quien, con la Comisión Colombiana de Juristas, Coljuristas, tiene el caso ante la Comisión Interamericana —le digo.

—Ah, los mismos que vinieron con Daniel Prado Albarracín a hacer un recorrido de dónde había ocurrido la masacre —dice sorprendido.

Daniel Prado Albarracín ha sido el apoderado de varias víctimas del Los Doce Apóstoles, entre ellos, de Camilo Barrientos Durán y Manuel Vicente Varela, actuando como parte civil en el juicio contra Santiago Uribe Vélez. Soportó descalificaciones durante el juicio, no solo del abogado Granados, sino de familiares de Santiago Uribe.

***

Los feligreses del padre Palacio, como era conocido en Yarumal el sacerdote Gonzalo Javier Palacio Palacio, no creerían, pese a los rumores que desde hacía años se escuchaban en las cantinas y cafetines, lo que sucedió el viernes 8 de abril de 1995 en la casa cural de la parroquia Nuestra Señora de La Merced, en el marco de la plaza. La casa donde el padre Palacio compartía con otros sacerdotes fue allanada por efectivos del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) y del Cuerpo Técnico de Investigación (CTI), quienes encontraron entre sus pertenencias un revólver calibre 38 escondido en una biblia con las páginas cortadas, una sobaquera, dos chapuzas y documentos provenientes de la institución militar. En el momento del allanamiento el sacerdote no se encontraba en el pueblo. De ahí Los Lecheros tomarían el nombre de Los Doce Apóstoles.

Pese a las evidencias al padre Gonzalo no se le dictó orden de captura. Apenas el 24 de mayo de 1995 fue emplazado ante la Fiscalía para rendir indagatoria por la investigación que buscaba esclarecer su posible responsabilidad en la conformación del grupo armado.

Sobre las funciones que cumplía el padre Gonzalo Palacio dijo el testigo Alexander Amaya Vargas, agente de Policía y quien realizó operativos con los sicarios de Los Lecheros: "La función del padre es dar información a la organización, porque a él le queda más fácil, por ejemplo, una vez informó que por Aragón estaba extorsionando un señor que se llamaba Boliqueso, y el padre dio la información. Entonces esta gente entró a Aragón con brazaletes del Frente 36 de las Farc, para que creyeran que era guerrilla. Dicen que a Boliqueso lo cogieron, pero lo salvó el padre de Aragón y entonces lo dejaron ir para que abandonara el pueblo".

Otra información estaba relacionada con personas que debían asesinar, entre quienes menciona Amaya Vargas dos campesinos que bajaron de un bus que venía del corregimiento de Cedeño hacia Yarumal: "El [padre Palacio] dio la información de la muerte de dos hermanos que me parece venían en el bus de Cedeño para Yarumal, los bajaron del bus y los mató la organización, los mataron Rodrigo, Pelusa y Dayron. El padre Palacio también se conseguía por ejemplo una información de que los guerrilleros estaban en determinada parte, o sea él coordinaba con el comandante de la Policía y con el Ejército, y con Los Doce Apóstoles. Ahora que me acuerdo Pelo de Chonta también me comentó que el padre Palacio también había estado en [una] reunión [en La Carolina]".

***

El 29 de febrero de 2016 fue capturado el ganadero Santiago Uribe Vélez, a quien apodan Carepapa, requerido por un fiscal delegado ante la Corte Suprema de Justicia que investigaba los crímenes de Los Doce Apóstoles. Durante veinticuatro meses Santiago Uribe estuvo detenido en una guarnición militar mientras afrontaba el juicio por los delitos de homicidio y concierto para delinquir, por haber financiado y participado en la creación del grupo paramilitar de Los Doce Apóstoles.

El viernes 13 de octubre de 2017, a las ocho de la mañana, en el piso 18 del Palacio de Justicia José Félix de Restrepo, en Medellín, se llevó a cabo la audiencia preparatoria de juicio contra Uribe Vélez, a la cual asistió, además de la esposa de Santiago y otros familiares, su sobrino Tomás Uribe Moreno. En otra de las audiencias se vio a su cuñada Lina Moreno de Uribe. Entre mucho copete y gafa oscura el juez Jaime Herrera Niño listó uno a uno los testigos que desfilarían por su despacho. La Fiscalía solicitó veintitrés pruebas y le fueron aceptadas ocho; el defensor Jaime Granados Peña solicitó 86 pruebas de las cuales le aceptaron inicialmente ocho, a las que se sumaron once más ordenadas por el Tribunal Superior de Antioquia al resolver la apelación a la decisión del juez Herrera que hizo el abogado David Espinosa, suplente de Granados.

El juicio de Santiago Uribe Vélez duró tres años y medio, con la interrupción de casi un año por la pandemia. Se retomó en enero de 2021, con audiencias virtuales, y terminó el 10 de febrero con los alegatos de conclusión del abogado Jaime Granados, quien se centró en desmentir a Juan Carlos Meneses, mencionando incluso de unas supuestas alianzas con Hugo Chávez y Nicolás Maduro para urdir un complot contra Álvaro Uribe Vélez.

***

"Desde la génesis de la investigación se le ha reprochado al ciudadano Santiago Uribe Vélez que este en los primeros años de la década de los noventa habría conformado y dirigido desde la hacienda La Carolina, en jurisdicción del municipio de Yarumal, Antioquia, un grupo armado ilegal que se estructuró con el propósito de ejecutar una política de exterminio en contra de quienes eran considerados como indeseables sociales, pero también para eliminar militantes y auxiliadores de los grupos subversivos que operaban en la región, propósito para el cual contaron con el concurso, por acción y omisión, de miembros de la Policía Nacional e integrantes de inteligencia militar". Así inicia el escrito de alegatos de conclusión presentado por el fiscal Carlos Iván Mejía Abello ante el juez Herrera Niño para pedir la condena del menor de los Uribe Vélez.

Las Autodefensas del Norte Lechero operaron entre el 15 de febrero de 1992 y abril de 1995. Las operaciones contrainsurgentes las continuó, mientras Los Lecheros se enfriaban de la exposición pública a la que fueron sometidos, un grupo de sicarios llamado Los Costeños, enviados desde Caucasia por el jefe paramilitar Salvatore Mancuso entre mayo de 1995 y septiembre de 1996.

Durante los dos años y dos meses siguientes —octubre de 1996 a diciembre de 1998— la "limpieza social" fue hecha por hombres de Rodrigo Pérez Alzate, alias Julián Bolívar, con la Convivir Defensores de Yarumal, Valdivia, Angostura y Campamento (Deyavanc), sucesores de Los Costeños, con licencia oficial de la Gobernación concedida a través de la Resolución 42395 de 1996, firmada por el gobernador Álvaro Uribe Vélez. Liquidada la Convivir operó desde la sombra el Grupo de Pérez, comandado por Julián Bolívar, que fue financiado desde el departamento de Sucre por el ganadero y paramilitar Francisco Javier Piedrahíta Sánchez, despojador y financiador de los hermanos Castaño Gil.

Agricultores, mineros, forasteros, borrachos, presuntos expendedores de drogas o adictos, estudiantes, amas de casa, rebuscadores, comerciantes, carniceros, ganaderos, transportadores, líderes o militantes de la Unión Patriótica, personas señaladas de ser integrantes o auxiliadores de la guerrilla, extorsionistas, secuestradores, integrantes de bandas, personas de las que no se conoce profesión, oficio u ocupación, inspectores de policía, miembros activos o retirados de la Fuerza Pública, personas que murieron "en extrañas circunstancias" y sicarios de Los Lecheros. Ellos suman 533 muertos. No es una simple cifra. Es el número de asesinatos selectivos cometidos por Los Doce Apóstoles e identificados por la Fiscalía General de la Nación en Yarumal, Angostura, Campamento, Valdivia, Santa Rosa de Osos, Don Matías, Carolina del Príncipe, Gómez Plata y San José de la Montaña, entre 1990 y 1998.

ESTA HERIDA LLENA DE PECES

por LORENA SALAZAR MASSO • **Ilustración de El Ovejo**

El niño y yo llegamos al malecón de Quibdó. Buscamos una canoa que nos lleve a los dos, y al pingüino de tela que carga desde que salimos de la casa, hasta Bellavista. Nos sentamos en las escaleras de cemento que dan al río Atrato, le compro un mango con limón y sal que me vende una señora, y esperamos. Las mañanas son de las aves, cantan desde los árboles que se elevan a la orilla del río; hasta las más jóvenes tienen un nido de polluelos desnudos, indefensos, hambrientos.

—Ma, mira un pajarito —dice.

—No es un pajarito, es un gallinazo —respondo con la boca llena de mango.

El gallinazo cabecirrojo descansa sobre una bolsa de basura. No quiero explicarle al niño la diferencia entre un animal tan sombrío y un pajarito, y él tampoco pregunta. El animal alza el vuelo y la corriente se lleva la bolsa río abajo.

El pueblo nace en la margen derecha del río y se expande hasta internarse en una selva que se cobra la invasión y reclama su espacio cuando llena las paredes de humedad y moho. En Quibdó, el Atrato huele a pescado en sal, naranja y madera mojada. Cauce profundo, custodiado por casonas viejas, acompañado de niños y mujeres que lavan ropa en la orilla. Es el río en sus primeros años; viene del Carmen de Atrato y muere en el Caribe. Los habitantes del pueblo viven de él: pescan, lo navegan cantando, le rezan. Un brazo ancho de tierra negra.

Adentro, en la selva, el Atrato no espejea como el Amazonas, no se parece al verde Cauca ni al Magdalena que recorre el país enfurecido y espumoso. A veces pardo, a veces canelo, tiene el olor que brota de un álbum de fotos que se abre después de mucho tiempo.

Amarradas al muelle, esperando llenarse de pasajeros y comida: tres canoas de madera y dos pangas rápidas, blancuzcas. Cada una con su conductor a bordo preparándose para la jornada. Todas las mañanas, camino a la escuela, el niño y yo jugamos a despertar el pueblo: atravesamos la calle Alameda mientras los negocios abren sus puertas; saludamos al señor de la carnicería, acariciamos los pollitos de la tienda veterinaria, miramos de reojo a los borrachos dormidos sobre las mesas de la cantina, que según el niño, son muñecos; coteros descargan bultos de arroz. El edificio de las putas tiene el balcón cerrado —duermen hasta tarde—, carretas de plátanos y canastas de limones se alinean entre la calle y la acera; una vieja despeinada, que conozco hace tiempo, nos grita desde su balcón que vamos tarde y apuramos el paso.

El pueblo amanece con la ilusión de un niño que abre un libro por primera vez. Ilusión que mengua cuando el sol llega a su punto más alto y comienza a descender hacia la selva. El bochorno de las tardes de Quibdó pesa, el sol calienta, sofoca; brilla en la frente de las personas hasta que, a las cuatro o cinco, revienta como aguacero. No llueve: el cielo se desparrama sobre los negocios que tienen la mercancía al aire desde la mañana.

La gente no sabe adónde voy con el niño, caminan junto a nosotros como si nada pasara. Algunos Willys esperan racimos de plátano verde que traen las pangas desde los caseríos para llevarlos hasta las tiendas de los barrios. Una de las canoas —la más pequeña— se llena con tres cholos y dos sacos de mercado. Cruzan el río a remo, de pie, firmes y serenos; enfundados en sus pantalonetas naranja, verde limón, azul cielo. El malecón empieza a llenarse de viajeros, nos preparamos para embarcarnos en la canoa más barata. El niño no entiende muy bien a dónde vamos —le dije que de paseo—, oculto la nostalgia que me da volver al lugar que alguna vez fue mi casa, donde no queda nada de mi niñez. Pero sí de la del niño.

La canoa más grande sale en media hora, nos iremos en ella. La conductora, una mujer negra como el cacao, se mueve bajo un vestido verde con bordados indígenas —sueños, apariciones, alguna predicción— y sandalias, sandalias tres puntadas. Desde la canoa nos da los buenos días y grita que lancemos el equipaje para acomodarlo en la bodega. Miro al niño: una pulga aferrada a mi vestido, adivino su miedo. Le propongo un juego: contar hasta tres y lanzar nuestras cosas a la canoa. Uno, dos, tres: la ropa de los próximos días, pijama y cepillos de dientes vuelan dentro de una maleta pequeña. La conductora la guarda en un compartimento cerca de los motores y vuelve la mirada hacia nosotros. También lanzo mi bolso y el pingüino del niño.

—¿Y yo qué tiro, ma?

La conductora lo mira y le dice que salte sin miedo, que ella lo recibe. Tomo el dije de limón que cuelga de mi cuello y lo beso. El niño me mira, de inmediato sabe que puede saltar. El dije es una señal que él, muy seguro de sí, inventó una noche.

—Ma, siempre que estás con el limón entre los dientes dices que sí a todo.

Los niños establecen reglas inquebrantables. Me someto a su ley. A cambio le pido que haga las tareas antes de salir a jugar. Lo preparo para una vida llena de intercambios. Nos vamos educando mutuamente. Yo le enseño a ser y él me ayuda a deshacerme, a vivir bajo nuevas formas, señales que nadie comprendería. Está conmigo. No me nació a mí, pero soy su mamá. Lo digo para mí cada noche, una oración al desapego. Frente a la canoa quiero pedirle que no salte, que volvamos a la casa y prendamos la tele, que lo necesito. Le sonrío, su mano derecha libera mi vestido, dejándolo lleno de arrugas.

—A la una, a las dos y a las… tres —grita, salta y lo recibe la conductora—. ¡Ma, te toca!

Saltar o arrojarse a la corriente. Para el niño, estoy a punto de saltar. Suena alegre, festivo: un juego. La sombra de saltar es arrojarse. Me arrojo fingiendo un salto y el niño me abraza como cuando llega de la escuela. Plancho su camisa con mis manos y nos sentamos en las bancas de madera que nos señala la conductora. Blancas, sin espaldar. Si esto fuera un avión pequeño, diría que vamos en el asiento 2B y 2C, la conductora lleva el timón desde atrás. A diferencia de nuestros viajes en avión, ni ella, ni su ayudante, un joven que acaba de saltar a la canoa, se sorprenden de que mi hijo sea negro y yo blanca.

Carne, ropa, sal y tablas para una cama; velas, lápices, frutas y tres cajas con pollitos vivos; maíz, sábanas, ollas y libros de primaria. En ese orden viajan las necesidades de Bellavista. Las maletas van llenas de velas, leche en polvo y pañales. La ropa se reinventa. Un vestido puede revivir como falda, pañuelo, cojín, trapo de cocina. Lo que importa es que la gente coma, duerma y, si es posible, estudie.

La canoa no está pintada. Un pedazo grande de madera —manglares tallados— que no necesita color. Nuestras sillas no están bajo el techo, no le temo al agua que cae del cielo, no me importará mojarme cuando las nubes dejen caer la tormenta. Solo necesito un espacio seco para el niño, quizás entre las señoras de la última fila, solo dos bancas van cubiertas por una carpa negra de plástico grueso.

El ayudante de la conductora reparte chalecos salvavidas. Huelen a ropa mal secada. Los tomo con un agrado fingido. La señora de al lado, a quien la conductora llamó Carmen Emilia, se queja mientras se abrocha el chaleco: “Esto no lo han lavado nunca, no”. El niño, en cambio, se siente superpoderoso. Mira a todos por encima del hombro. Me aseguro de que lo tenga bien puesto y pueda respirar. Me pregunta si puede ir con el chaleco a la escuela. Le digo que no, que al llegar a Bellavista tendremos que devolverlo. Me tuerce los ojos y se sienta mirando hacia la selva, altivo, con los brazos cruzados.

Diez personas hemos saltado a la canoa. En la banca de atrás hay dos gemelas con trenzas hasta la cintura: Rossy y Mary, se presentan. Rossy pide otro chaleco, el que le tocó tiene el broche malo. Él le lleva dos para que escoja: verde o rojo. Rossy se pone el rojo y le sonríe, él le ayuda a abrochárselo y regresa sonriendo a la parte de atrás, donde se pone el chaleco verde. La conductora lo mira de reojo.

Esperamos a un señor que está despidiéndose de su mujer. O quizás de su madre. Lo llena de bendiciones, acomoda el cuello de su camisa, le entrega unos billetes enrollados. Lo besa en la boca. Es ella quien le plancha las camisas: “Pobres, pero no arrugados”. ¿Qué dirán si lo ven mal vestido? Que no lo quiere suficiente.

La conductora enciende motores, las manos que dicen adiós se van haciendo pequeñas, nos alejamos de la música de las casetas y en el aire solo queda el ruido de la canoa.

Desde el agua veo qué sostiene a Quibdó: la historia de los enfados del río, esas marcas que deja el agua en la tierra y el malecón. Señoras en las ventanas, mironas que ya barrieron la acera, le hicieron el desayuno al marido y se dedican a mirar. Afortunadas. Señoras que viven al lado del río, en casas con patios grandes, con veraneras que cuelgan del techo, hijos que lloran en las cocinas. Cuidan el río, creo que le rezan. Atrás quedan siluetas de calzones enormes colgados en patios y el solar de la casa cural, donde reposan las benditas batas blancas con las que darán el sermón de hoy.

Los pies de la conductora: dos troncos hinchados, con cicatrices de picaduras de mosquito y uñas naranja que se aferran a sus sandalias tres puntadas. La reconocerían por el color de las uñas. Si naufragáramos, la encontrarían por las uñas: “Vela ahí”, dirían, “esa es la conductora”. Recojo mis pies, pongo el bolso encima de ellos; la vergüenza me sube como fiebre de media noche. Nunca aprendí a usar sandalias tres puntadas. La mujerona revisa los motores, la densidad de las nubes y los bolsillos de su delantal donde, seguramente, guarda plata y comida.

El niño se duerme minutos después de arrancar. Efecto secundario de la pastilla para el mareo y el vaivén del río. Dormido suda mucho. Lo abanico, le paso un pañuelo por la frente y le peino las cejas con mi dedo más pequeño. No trago saliva, no pestañeo, me muevo por dentro. Una lágrima rebosa mi ojo derecho y cae directamente en la mejilla del niño. Rueda hasta su boca, humedece sus labios y desaparece.

—El niño se tragó su lágrima —dice la señora que va a mi lado, Carmen Emilia.

—Bueno, nunca pude darle pecho —respondo.

Carmen Emilia disimula, mira el cielo colmado de nubes de lluvia. Quizás refunfuña en la mente el nombre de algún santo que lleva en el bolso. Se aferra a él como a una oración. Las flores de su falda desteñida, la blusa blanca, a la que le quedan un par de lavadas, deja ver un brasier color crema, como mi piel. La señora también suda y es tan negra como mi hijo. Con los pechos que tiene alimentaría a una escuela entera. Crecí con señoras como ella, de esas que cuando asoman la cabeza sobre el río, la velocidad del viento no las despeina.

Llueve. Nubes se rebelan contra el sol y caen sobre nosotros. No es un aguacero, no empapa; incomoda y pica. Tampoco da frío. Una lluvia templada, como las gotas de sudor del niño. Le susurro que debo cambiarlo de silla para que no se moje, pero se agarra de nuevo a mi vestido. Recostado en mis piernas, tiene esa edad en la que están muy grandes para cargarlos, pero muy pequeños para ocupar un asiento; o quizás soy yo que lo veo más pequeño de lo que es. De mi bolso saco una carpa transparente de plástico y lo cubro. La conductora baja la velocidad y las personas que tampoco están bajo techo abren sus paraguas negros, rojos, morados. Paraguas grandes, de pueblo. No traje paraguas, pero el niño va cubierto. Carmen Emilia quiere ayudar, me acerca la mitad del suyo. Me cae agua-lluvia en el pelo, en los hombros, en el vestido blanco de rayas azules. Le digo que me gusta la lluvia, que muchas gracias, que me va a dejar como si hubiera nadado con ropa. Ríe mostrando todos los dientes, tan blancos como los de mi hijo. Se rinde. Cierra el paraguas y dice que me acompaña en la lluvia.

El viento arrastra las nubes a la selva, el agua cesó. Ya no veo casas, los árboles son reemplazados por otros, manchas verdes que ponen límite al río. El niño se voltea, me mira desde sus ojos negros. La carpa me deja ver su nariz —chata, redonda, pequeña—, suspira y susurra la pregunta:

—¿Ya casi llegamos?

—No, acabamos de salir.

Carmen Emilia tiene los ojos cerrados. No sé si reza o duerme. ¿Puede un adulto dormir con este ruido?: viento, palabras cortadas, el agua contra la madera y la conductora cantando a los gritos —desafinada, con los ojos cerrados— una canción de una tal cachaloba quitamaridos.

Le quito la carpa al niño, la doblo a la mitad y la extiendo frente a nuestra silla. Sin nubes, el sol cae sobre nosotros, secándonos la ropa. El olor del chaleco y de mi cuerpo se unifica: huelo a perro mojado y el niño también. A él no le importa, está concentrado mirando a Carmen Emilia. Mueve las manos frente a ella para comprobar si duerme o finge, así como él cuando recibimos visita en casa. La señora ni se mosquea.

El río duerme, navegamos encima de un tigre que en cualquier momento puede tragarme entera, a mí y al niño. ¿Cuántas veces pinté de niña este río en mis dibujos? Repetí hasta el cansancio que era uno de los más caudalosos del mundo. Qué orgullosa me sentía de él. Profundo, importante, peligroso. Cada época de lluvia en la cabecera o en el pueblo hacía que se metiera a las cocinas, inundara la escuela. No hubo semana en la que una niña no fuera a clase con los zapatos húmedos. Las monjas se daban cuenta y nos obligaban a quitárnoslos y entregárselos. Los ponían a secar detrás de las neveras de la cafetería de la escuela, donde guardaban las gaseosas. Cuando llegábamos a casa, las mamás nos regañaban por las medias sucias.

El niño se duerme y Carmen Emilia despierta. Abre la boca como una osa, estira las manos, se peina. Saca un banano de su bolso y me ofrece otro.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Qué? —pregunto.

—El niño, ¿va dormida o qué? —responde masticando banano.

Me gusta el sabor de las frutas antes de echarse a perder. Tienen manchas, arrugas, golpes, mordeduras de gusano. Nunca, una fruta tersa, sabe tan bien como una que ha sufrido el paso del tiempo. Carmen Emilia me dice que, ya que estamos en confianza, le cuente del niño. La gente siempre pregunta cosas para tener una excusa y contar sus historias manipuladas, tejidas durante años. No la conozco, pero queda mucho río por delante. Suspiro, estiro las piernas y respondo la pregunta detrás de la pregunta.

—Desde que el niño llegó he pasado más noches junto a su cama que sobre la mía, vigilando su respiración, el aire caliente de cachorro que entraba y salía de su naricita me daba motivos suficientes para trabajar y darle todo lo que me pidiera; lo que adivinara en sus ojos negros. Una mañana, después de maldormir junto a su cama, el niño me despertó con su llanto.

—¿Por qué soy negro y tú blanca? —me preguntó.

Él tenía cuatro años, y yo no estaba preparada para esa pregunta. Si hubiera crecido dentro de mí, si lo hubiera parido, habría sido menos difícil responder. Quizás le habría dicho que en el mundo hay personas de muchos colores y que, al mezclarse, nacen colores nuevos. Que su papá era negro y yo blanca, que él había sacado lo mejor de nosotros: la piel del papá, los ojos y el andar de la mamá. Pero no tiene papá y no nació de mí.

Carmen Emilia no me quita la mirada de encima, sabe escuchar. Toma la cáscara de banano que llevo en las manos y la manda a volar. No sé si me cree. Se queda mirando el río, café como ella, como la madera de la canoa, como el niño. Después de un silencio corto, continúo:

—¿Qué hace alguien que crece sin madre?, ¿lo cuida el viento, una profesora, la señora de la tienda de la esquina?, ¿quién le enseña a rezar, a temer, a dejar de dibujar?, ¿quién le dice: “¡niño, eso no se hace!”?, ¿quién le corta las alas y quién se las cose?, ¿quién le pone los pies en la tierra? No tenerla, a veces, es lo mismo que tenerla. Una madre es algo que duele. Es herida y cicatriz. Para un niño, una mamá es la persona que pregunta si quiere leche en el chocolate, la que regaña cuando camina descalzo por la casa, la que prueba la sopa primero, se quema la lengua y espera a que se enfríe un poco. Una mamá es la persona que está.

Ese día no lo mandé a la escuela.

En el patio de la casa, junto al palo de limón, puse la mesa de madera en la que trabajaba entonces. Llevé lápices de colores, hojas, y senté al niño frente a mí. Antes de contarle la verdad, le pedí que hiciera líneas de todos los colores. Abusó del verde, hizo círculos morados y azules; llenó la hoja de naranja, amarillo, rosa, negro, rojo, crema y café. Le quebró la punta al azul cielo. Con la hoja pintada sobre la mesa le expliqué que así es el mundo, colorido, y que eso incluía a las personas, que somos naturaleza.

—¿Soy un árbol? —preguntó.

—Un árbol con ojos y pies y lengua —dije.

—¿Tú qué eres? —preguntó sonriendo.

—¿Qué crees? —dije poniéndome de pie para que me mirara completa.

—Pues una mamá —gritó.

Me senté junto a él y le conté la verdad:

—Eres negro y yo blanca porque tienes dos mamás: una es la mujer negra que te llevó en su barriga nueve meses y te trajo al mundo. La otra soy yo, que te he cuidado todos los días desde que eras un bebé.

El niño miraba las naranjas mientras escuchaba.

—La mujer de la que naciste no pudo quedarse contigo, con nosotros —dije.

Tomé una hoja, dibujé dos mujeres: una negra, otra blanca, y un niño, negro también. Le expliqué:

—Esta es tu mamá negra, esta es tu mamá blanca y este eres tú.

Que era muy afortunado porque casi todos los niños tenían una sola mamá y él tenía dos, le dije también. Sorbió los mocos, parecía feliz y convencido. Pude solucionarlo diciéndole que eran cosas de Dios, pero ya le había enseñado que la voz de Dios solo la escuchábamos adentro, a las ocho de la noche, antes de ir a la cama. ¿Quién le iba a responder si le hablaba a Dios en voz alta y a las diez de la mañana?

Le pedí que hiciera su propio dibujo. Además de dos madres y un niño, llenó la hoja de círculos verdes, limones. Antes de terminar dijo señalando mi silueta:

—Ma, casi no te ves.

—El color blanco es aburrido. Dibújame un vestido.

Entonces encima del blanco pintó con todos los colores. Mi silueta parecía una colcha de retazos. Pero en el centro la combinación de todos los colores dio paso al negro.

Al final, me preguntó si su otra mamá nos traería regalos cuando viniera a visitarnos. Le dije que sí.

—¿Volvió a preguntar por la mamá negra?

—No. Pero enmarqué los dibujos que hicimos ese día y los colgué en su cuarto. Él sabe que tiene dos mamás, pero no lo hablamos más. Sé que cuando le preguntan en la escuela por qué tiene una mamá como yo, él responde que tiene dos mamás y se ríe de los otros que solo tienen una. Corre, se esconde en el baño y llora. No sabe por qué, pero llora.

El sol pica, los árboles compiten con el agua: quieren meterse, robarle espacio al cauce del Atrato. Se cuelan los alaridos de un pájaro, cada vez más fuertes, me preocupa que despierten al niño. Carmen Emilia señala un árbol, me dice que es un gavilán saraviado. Señala otro, y luego otro. También dice que es una lástima no saber cuándo un pájaro llora o canta. No digo nada. Me va a despertar el niño.

—¿Le gusta ser blanca? —me pregunta rompiendo el silencio.

Paso la mano por el pelo del niño, le acomodo la camisa y le quito los zapatos verdes. El pajarraco no canta más. Miro a Carmen Emilia y le cuento un recuerdo.

*Fragmento del libro *Esta herida llena de peces*, Editorial Angosta, 2021.

Esta herida llena de peces
Lorena Salazar Masso
Editorial Angosta
2021

El papá de otro

por TOMÁS LOPERA J. • **Ilustración de Puño**

"No se preocupen muchachos que el papá de Luis es rico, escojan lo que quieran".

El señor canoso acababa de terminar una llamada que recibió en un teléfono celular, encogió la antena sobre el aparato de batería trapezoidal, cerró la tapita abisagrada y se acercó, feliz, como si le hubieran dado una muy buena noticia. Fue la primera vez que vi un teléfono celular, la primera vez que me dijeron que pidiera lo que quisiera en la charcutería donde vendían dulces americanos que en esos días eran muy escasos en Medellín. A la charcutería solamente íbamos a empañar el vidrio del mostrador con nuestro aliento y a hablar de lo que cada uno había probado, prácticamente nunca comprábamos nada. Era también la primera vez que iba a montar en un Montero Mitsubishi de los nuevos, la primera vez que dormía en una finca distinta a la de mi abuelo y la primera vez que le decía mentiras a mi papá para poder ir a algún lado.

Escogí unos confites que venían dentro de un envase con la forma del Pingüino de Batman, más por el muñeco que por los dulces, que sabían terrible. Acababa de salir la película de Tim Burton y yo estaba obsesionado con ese villano rechoncho. Carlitos escogió un paquete de chocolatinas Twix miniatura, Chinga unos chicles Bubblicious y una Butterfinger. A mí me dio pena pedir más. Luis no escogió nada. Seguro estaba acostumbrado a comer chocolatinas americanas todo el día mientras jugaba Gameboy solo en una mansión quién sabe dónde. Los demás vivíamos en Ciudadela de San Diego, un conjunto de edificios menores donde vivían familias de clase media, en el núcleo 9 apartamentos 203, 306 y 405. Luis era el hijo del señor canoso y el señor canoso era novio de la mamá de Carlitos, que era viuda y mucho más joven que él. Al papá de mi amigo lo mató la guerrilla en su finca de Tarso cuando ella estaba en embarazo. La mamá de Carlitos no fue al paseo porque siempre estaba trabajando, aunque el señor canoso le decía que no se preocupara por plata. Sospecho que, como Luis era un niño muy solo y casi siempre tenía cara de estar aburrido, querían que nos hiciéramos amigos de él. Por eso estábamos ese día ahí, listos para irnos a dormir a su finca en Rionegro. El canoso sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de su chaqueta de cuero negra, se puso las gafas para ver mejor y pagó. Ahí, con los lentes, le noté el parecido. Era igualito a Jacques Cousteau, el submarinista francés que había sido mi ídolo de infancia. Nos dijo que nos montáramos al carro pues que Ele Jota, y como vio que nadie le entendió, aclaró: "¡Los juimos pelaos, a pasar bueno!".

Apenas nos subimos, resbalando el asiento del pasajero para pasar a la parte de atrás, el papá de Luis puso un CD de Scorpions en el equipo de sonido del carro último modelo y nosotros sentimos ese silbido con el que comienza *Winds of change* como si nos lo estuvieran silbando en la oreja, a todo taco. La parte de atrás del Montero era estrecha, brincaba mucho y no tenía ventanillas lo que se dice ventanillas, sino esos vidrios que se medio levantan y por donde no alcanza a entrar el viento. A mí no me dio nada, porque yo estaba acostumbrado a ir a la finca de mi abuelo en Fredonia cada ocho días y esa carretera sí que era maluca, el Chevette de la casa estaba muy desbaratado y mi papá solo tenía casetes de ópera o de boleros que nos íbamos oyendo todo el camino. Pero Carlitos sí se puso mal con las curvas y el calor de esa banca trasera sin ventilación. Como le daba pena decirle al papá de Luis que parara, fue Chinga el que le tocó el hombro al señor y le preguntó si podíamos parar un rato porque Carlitos estaba muy maluco. Se oyó un gruñido y después dijo: "Listo, aguante pelao, que ya paro, no me vaya a vomitar los asientos de cuero pues", mirando por el retrovisor con ojos amenazantes. Nos detuvimos en un restaurante de carretera y mientras Carlitos tomaba aire, nosotros nos burlábamos porque no estaba acostumbrado a montar en un carro que no fuera el transporte del colegio. A él, que era más bien bravucón, no le daba ni para responder. El señor canoso se fue para el fondo del parqueadero, donde no pudiéramos oírlo, a hacer otra llamada. Colgó y, antes de volver donde estábamos, lo vimos entrar al estadero y tomarse un aguardiente. "Súbasen pues que tengo que llegar a solucionar un bololoi. Carlitos, pásese para adelante usted para que esté en la ventanilla a ver si se le quita esa maluquera, Luis, usted váyase atrás". El hijo no protestó, sabía que cuando su papá decía algo, tenía que obedecer. Yo me monté al carro después de Luis y vi, cuando se estiraba para entrar y la camiseta se le subió más de la cuenta, que tenía un morado grande en la espalda.

Llegamos como a la hora y pico a una casa de campo con todas las de la ley. Parecía antigua, o muy bien envejecida por los arquitectos. Tenía un parqueadero cubierto donde había un BMW de dictador africano y una moto Kawasaki Ninja verde. El canoso me vio mirando, se acercó y me preguntó que si era que a mí me gustaban los carros. Yo asentí con la cabeza y el tipo me dijo que Luis tenía dos ochenticas, que si queríamos ahora podíamos montar alrededor de la parcelación, porque allá en Rionegro no ponían problema por eso. Me dieron muchas ganas de montar en esas ochenticas, mis papás no me dejaban montar en moto. Nunca. Mi papá era médico en un hospital público y nos contaba que la mayoría de los pacientes que entraban por urgencias llegaban por bala y por caídas de motos. Que no fuéramos brutos y punto. En cambio, el papá de Luis era otra cosa, le gustaba la velocidad, tenía plata y le gustaba la música de Scorpions.

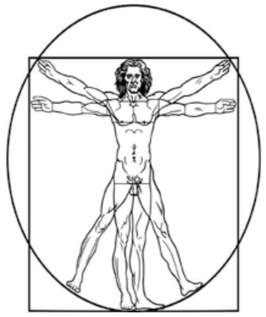
Entramos y dejamos las mochilas en los camarotes de una de las habitaciones, que eran amplias y decoradas al modo texano, con cuadros muchos de caballos, todos los muebles de madera rústica y alfombras con motivos de los indios de Nevada o Colorado, no sé realmente, ¿Arizona? Allá hablamos un rato y le dijimos a Luis que si en la finca también tenían Súper Nintendo y que si podíamos jugar. Él nos mostró la sala, donde había un televisor Sharp pantalla gigante sobre un tapete de piel de oso, con cabeza y todo, como en las películas. Era la primera vez que yo veía un televisor de pantalla gigante y también una piel de oso. Luis nos dijo que la piel la habían traído de Las Vegas, que era original de oso grizzly. Ignorando la boca abierta llena de colmillos del *ursus* destripado y planchado, nos pusimos a jugar por turnos Mortal Kombat en ese televisorsote. O bueno, nos turnábamos todos para jugar con Luis, que ganaba siempre, porque como ninguno de nosotros tenía Súper Nintendo en la casa, éramos muy malos. Fue el único momento en que lo vi feliz ese fin de semana, destrozando virtualmente en esa pantalla gigante los personajes del juego, viendo la sangre, imitando los sonidos de los personajes.

Al rato, el papá de Luis nos vio y nos preguntó que para qué habíamos venido a la finca si solo íbamos a jugar Nintendo. Tenía un vaso de whisky en una mano y un rifle en la otra. "Apaguen eso, que nos vamos de cacería". En principio a mí no me gustó la idea, porque yo era del grupo ecológico del colegio, pero me imaginé disparando el rifle y se me abrieron los ojos, porque —sí, otra vez— era la primera vez que iba a disparar. Bajamos una colinita por la parte de atrás de la casa, caminamos por un sendero más o menos callados, más o menos nerviosos, con la presencia del canoso con el rifle como apabullándonos, a fin de cuentas, no era que lo conociéramos mucho. Como a los veinte minutos, Carlitos vio un barranquero muy grande con una cola larga de plumaje azul fulgente. En ese momento sonó el teléfono celular y otra vez él se fue lejos a contestar entregándole el rifle a su hijo. El arma quedó en manos nuestras. Por fin íbamos a poder disparar. Luis, que era el único que lo sabía usar, nos explicó cómo se le quitaba el seguro, se cargaba, se apuntaba y se disparaba. Primero, él le tiró al tronco de un árbol. Se vieron las astillas volar cuando el proyectil impactó la corteza del pino. Siguió Carlitos, que agarró el rifle y nos apuntó a todos, amenazante. Que si muy charritos burlándose de él porque se mareó, que ahora sí nos iba a meter un tiro a cada uno por el jopo, cosas así. Nosotros nos escondíamos unos detrás de otros moviéndonos como bailarines en un video de Britney Spears, porque sabíamos que Carlitos era capaz de cumplir lo que estaba diciendo. Luis era el único calmado, como si no le importara mucho que le dispararan. Se le acercó despacio al loco de Carlitos y le dijo que ojo, que a su papá no le gustaba que uno le apuntara a la gente con un arma porque las armas eran cosa seria, nos podían regañar y que los regaños de su papá no se los recomendaba a nadie. Mi amigo miró al canoso de reojo, dejó de amenazarnos y le disparó al mismo tronco que Luis. Las astillas volaron. Después le pasó el arma a Chinga, que se demoró un rato apuntando, apretó el gatillo y vimos moverse unas hojas como a dos metros del tronco. Nos reímos de la puntería del tirador, que se disculpó diciendo que era que se había acordado en el último momento de las tetas de Pamela Anderson. Nos reímos de las bobadas de Chinga. Cuando me estaba pasando el rifle para que yo disparara, el papá de Luis volvió muy ofuscado, nos lo arrebató con violencia y le apuntó al barranquero. "No van a ser capaces de matar el pajarraco pues, manada de cacorros".

Entonces disparó.

El pájaro cayó haciendo un ruido suave sobre la hierba de color verde intenso. "Recójanlo pues, princesas; vea Luis, estos también son unas locas, como usted". Dijo el señor. Nadie protestó. Fuimos juntos. Olía a pólvora, teníamos miedo y tristeza. Nos paramos a verlo un rato, sin cogerlo. Estaba boca arriba, con el cuellito doblado a la izquierda. El proyectil le entró en la mitad del pecho, donde las plumas eran más verdes. Carlitos lo tomó en las manos con delicadeza. Volvimos a la casa, el señor caminando muy rápido, nosotros muy lentamente. Cuando llegamos, él no se veía por ninguna parte. Carlitos le arrancó una pluma de la cola al pájaro y la guardó en su maleta, después lo enterramos en un hueco que hicimos con un azadón. Nos quedamos un rato callados, viendo la tierra que cubría la tumba improvisada. Nos dieron sánduches de queso amarillo, papitas de paquete y Coca-Cola de comida. Yo no tenía hambre, pero me lo comí todo porque a mí enseñaron que uno en casa ajena debe comerse lo que le ofrezcan. No quisimos montar en las ochenticas, tampoco en los caballos de la finca. Mucho menos practicar tiro al blanco con el rifle.

Cuando nos íbamos a ir a dormir, volvimos a ver al señor a través de un ventanal grande. Hablaba por el celular afuera de la casa. Gesticulaba, se tomaba las canas, se veía alterado, gritaba. Luis nos dijo que apagáramos la luz, mejor que no nos viera más. Unos minutos después, lo oímos volver adentro, también oímos los hielos chocar contra el vaso de vidrio. Otros hielos. Otros. Otros. Al rato entró en la pieza donde estábamos y nos dijo que nos largáramos si no queríamos que nos volviera mierda, que nos fuéramos. Eran más de las diez de la noche, hacía mucho frío, pero cogimos las mochilas como pudimos y nos tuvimos que ir. Nos acordamos del barranquero. Del rifle. Luis nos miraba por una ventana de la casa que daba a la carretera, pero el señor canoso lo agarró de los hombros con fuerza y se lo llevó para adentro. Caminamos por donde nos acordábamos que habíamos venido. En la primera tienda que nos encontramos pedimos prestado el teléfono para llamar a mi casa, porque mi papá era el único que tenía carro. A la hora larguita vimos llegar el Chevette rojo destartalado al rescate. Boté por la ventana el muñeco del Pingüino. Le prometí no montar en moto nunca.uc



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240
(y en rappi)

Seguimos leyendo

ítaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS
en Medellín
Todos los días
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977

CAFÉ-BAR
CASA DE ASTERIÓN
COWORKING
MÚSICAS DEL MUNDO,
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS
CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.

HAY PIEDRAS
CON LAS QUE
VALE LA PENA
TROPEZARSE
MÁS DE UNA VEZ

ÓPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS /MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

PIZZERIA
CENTRO
Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio
del cual tenemos la posibilidad de recordar
que la vida, con toda su magia
y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS
EN MEDELLÍN
Tel.: 2302522

Restaurante
El ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 · TEL. 584 22 23
SABORES DE ARIS
Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974

BUN·DI
PUNTO DOS
DESDE EL
COMEDOR de la Pascasia
ALMUERZOS
PRODUCTOS ARTESANALES
Y OTRAS DELICIAS
LUNES - SÁBADO
11AM - 3PM
3045565713
@BUN_DI.2

Retrato de gobierno, con monstruo y dictador

Hay tanto, pero tanto, en esta sola foto, que no se sabe ni por dónde empezar. Hay, por ejemplo, tres presidentes. O mejor: dos presidentes y un dictador. Aunque vale aclarar que no todos lo eran el día del retrato: lo serían por turnos. Y tal vez por eso se les ve tan complacidos, con sonrisitas traviesas bien apretadas sobre sus filas de dientes.

Es casi obvio que el presidente en funciones era el señor de adelante: un paisa rozagante, nieto y sobrino de dos expresidentes, empresario, exgerente de la Federación Nacional de Cafeteros y postulado a última hora a las elecciones de 1946 como una medida desesperada de su partido, el Conservador, para competir con alguien "de mostrar". Se llamaba Mariano Ospina Pérez, y si la historia fuera un juez tal vez lo declararía culpable por haberse cruzado de brazos cuando podría haber desactivado la bomba atómica de la violencia partidista que haría volar el país en pedazos con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Igual él no se mandaba solo. Al hombre que vemos a su izquierda lo llamaban de muchas maneras, pero para efectos de esta fotografía lo llamaban el Patrón, y era el gran chalán del partido Conservador. Volcánico, telúrico, cáustico, pendenciero, vengativo y sigan ustedes enumerando adjetivos parecidos, que todos le van a cuadrar. Por su verbo embrujador, prestidigitador de un ideal de país gobernado bajo el imperio de la biblia y los fusiles, lo llamaban también el Monstruo. Admirador de Hitler, adulador de Franco. Se llamaba Laureano Gómez, y en el juicio de la historia tal vez será acusado de haber sido el mayor entre los lanzallamas de palabras que empujaron a la Colombia de su tiempo a convertirse en un gigantesco teatro de horrores, en el que se mataron a bala, machete, piedra, soga o puñal decenas de miles de colombianos por el hecho de pertenecer al partido Liberal o al partido Conservador.

El Monstruo o El hombre tempestad —de aceitosos ojos verdes y lengua achicharrante— sería "elegido" presidente en 1950, cuando fue el único candidato en unas elecciones a las que el partido Liberal no se presentó "por falta de garantías". O para decirlo de otro modo, porque la policía disolvía con balas las manifestaciones del candidato liberal (Darío Echandía) mientras que por todos los rincones del país alcaldes conservadores y sus policías locales, junto a bandas de "pájaros" y "chulavitas" —los paramilitares de entonces— andaban masacrando a cuanto liberal se les atravesara. ¿Por qué? Porque aunque habían ganado la presidencia habían perdido las elecciones parlamentarias, y sabían que en las siguientes presidenciales probablemente serían derrotados. Por eso querían darle "un sustico" a sus rivales, para bajarles un poco los humos y el afán de gobernar. Pero se les fue la mano.

Fotógrafo: Alberto Palacio Roldán. Archivo Biblioteca Pública Piloto, sf.

De la voz azufrada de Laureano brotó la frase con la que colgó una lápida en el cuello del partido Liberal, al que llamaba el "basilisco": un monstruo que "camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza". El "castrochavismo" de su tiempo, el "socialismo del siglo XX", dirían los de ahora. Un monstruo al que, no lo dudaban, había que decapitar.

Y eso hicieron, o trataron de hacer con empeño. "Llegaremos hasta la acción intrépida y el atentado personal (...) y haremos invivible la república", había dicho años antes —en una de sus frases más escalofriantes— el doctor Tempestad en su palestra del Congreso.

Y bueno, detrás, justo a espaldas del primero, el tercero: ese gran kepis militar sobre una carita de santo bonachón. El pacificador del Valle después del terremoto social del 9 de abril, luego nombrado director general del Ejército Nacional por el hombre al que escolta en esta foto. El mismo que se autodenominaría "General Supremo" después de derrocar al presidente designado por el Monstruo cuando la enfermedad lo mandó —quién creyera— a una cama. Se llamaba Gustavo Rojas Pinilla. Y en el tribunal de la historia tal vez se le reconozca el hecho de haber amortiguado el arrasamiento violento del país, que lideraba Laureano Gómez. Pero también se le sentencie, entre otras cosas, por haber hecho del suyo un gobierno autocrático y reaccionario —una dictadura— que cerró cuantos periódicos pudo, aplacaba a tiros la protesta estudiantil, apaleaba en público a quienes abuchearan a su familia y le otorgó la Cruz de Boyacá a la Virgencita de Chiquinquirá.

Y atrás y alrededor de todos ellos, su gente: policías, burócratas, lagartos, militares, camanduleros... Todo ese gran equipo que aceitaría a punta de telegramas, cartas, chismes, columnas y órdenes directas la maquinaria del genocidio partidista. Uno de ellos, incluso, se hizo célebre por cacarear, fuerte y claro, otra frase para la historia: "A este país lo pacificamos a sangre y fuego".

Todo esto lo cuentan, pues, los historiadores. Aunque otros afirman que estos mismos hombres fueron "santos varones", "héroes", "prohombres" que consagraron su vida al servicio de la Patria.

Vaya uno a saber. De pronto el equivocado es uno. Y en vez de aprender la lección y corregir, lo propio tal vez sea repetir la historia. Como pasa en Colombia desde que existe.

La fuente

por SIMÓN MURILLO • **Fotografías de Juan Fernando Ospina**

La fuente no existe. Antes, hace muchos años, sobrevivía en la entrada del bar, como una torta gigante de aniversario, vencida, una reliquia de lo que estaba antes. Solo los más viejos la recuerdan, el primer piso donde quedaba también desapareció: cuando el bar se estaba ahogando en toques de queda, Juan Carlos Caro y sus hermanos lo tumbaron y pusieron un parqueadero de motos. Pero La Fuente sobrevive, en el segundo y tercer piso de siempre, en el edificio de siempre, a una cuadra del Parque Berrío. Aunque ese nombre solo existe entre los conocedores porque la Cámara de Comercio lo llama Beribu, "pero nadie sabe qué es eso", otra reliquia del dueño anterior que apenas sobrevivió. Los viejos y los nuevos lo llaman La Fuente a secas, pero también La baja París o Palustre, con el mismo tono con el que se han burlado de sí mismos y de los suyos toda la vida.

Una noche de marzo, algunos de esos fieles, con camisetas apretadas y belleza discreta, se reunían alrededor del cantinero Juan Carlos Caro, quien empezó a servir trago en uno de los primero bares: el Primero de Mayo. El grupo lo insultaba como lo hacían desde que eran hombres de camisetas apretadas y belleza escandalosa, hace quién sabe cuántos años.

—¡Sos una loca!

—No más que vos que estás que llegás a travesti.

—Y esta otra huele que huele a pura pasiva…

En los años anteriores a la ley zanahoria, los locales cerraban a la hora que les diera la gana; los habitantes de un Centro doblemente destrozado por la construcción de la Oriental y el futuro metro se refugiaban en locales eternos. Estaba Banco-bar, que reunía lo mejor de la ciudad: pillos y sicarios, empleadas del servicio y de oficios varios que remataban el turno, oficinistas y electricistas en el clóset; artistas y estudiantes en el abierto, algunas putas, el ocasional punkero y la reliquia del Guayaquil de antaño; Kalamary, de viejos y tangos, que murió cuando sus clientes lo hicieron; el Primero de Mayo, mejor conocido como "Las águilas se atreven"; La media naranja que salió en la novela de Félix Ángel, y decenas de cantinas en Palacé, la Primero de Mayo, Bolívar. La mayoría murieron por la policía, el sida, los paracos y el ensanche, por muerte natural, por la trastiada de la fiesta y la transformación de la soledad.

Esa transformación del Centro, especialmente el cierre de Banco y La Fonda por las obras del metro, dejó a un grupo de gárgolas sin hogar. Entonces Juan Carlos, de fácil sonrisa, movimientos de hormiga y tristemente heterosexual, vio el negocio que se le abrió con la destrucción. En La Fuente, los hombres y las empleadas empezaban la fiesta en el primer piso que daba a la calle y cuando ese cerraba a las dos subían hasta el segundo y a las cinco subían hasta el tercero, que cerraba a las siete, justo a tiempo de la reapertura del primero: una espiral de Moebius de la farra. Los devotos pasaban fines de semanas enteros bebiendo y bailando y pichando y así una y otra vez, con la eventual rendición del cuerpo en una mesa de aluminio o en una fiel Rímax. Los más responsables traían mochila y celebraban la fantasmal llegada del día con ropa nueva. La comida se solucionaba con un buñuelo de La Bastilla.

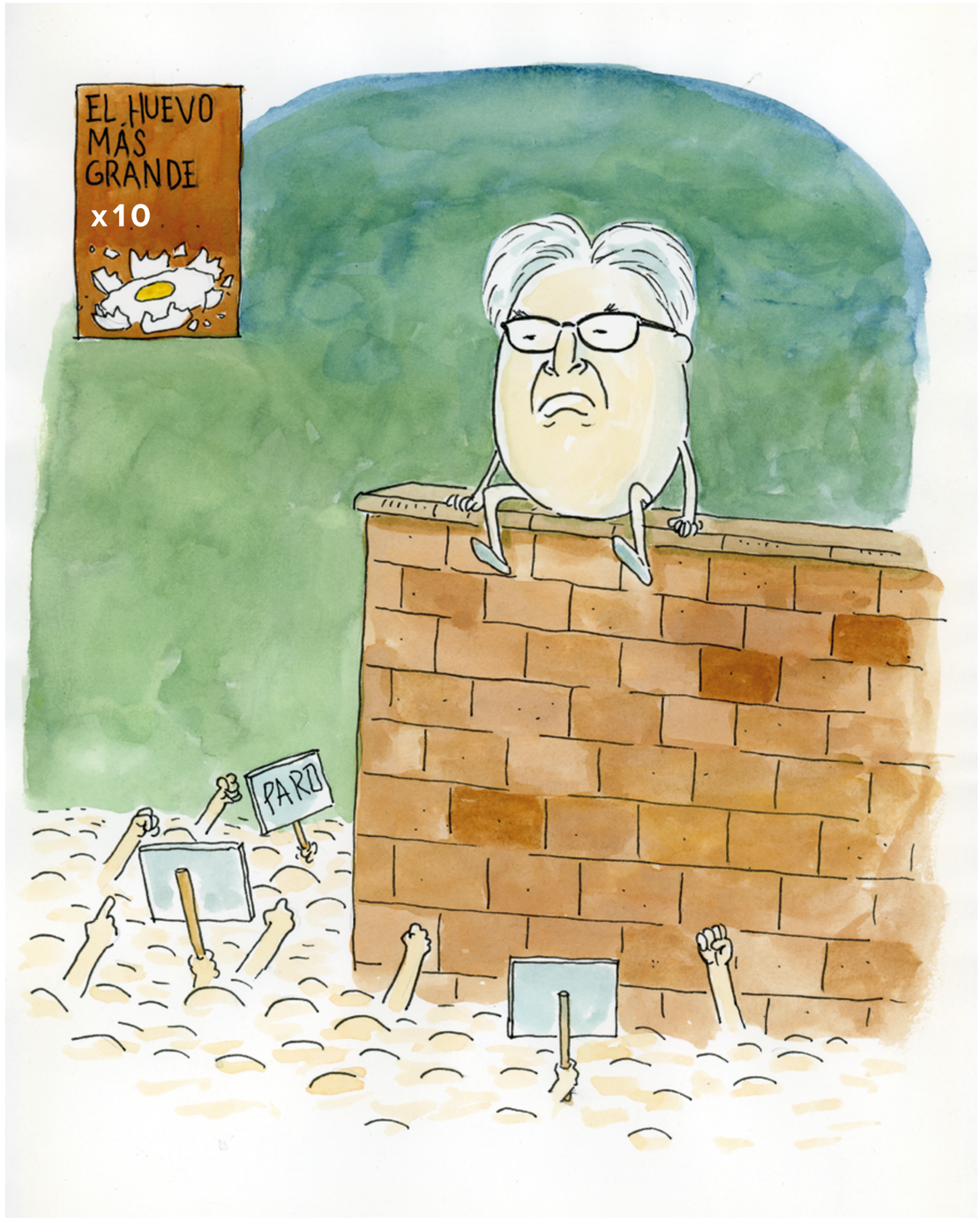
La música era y es una apropiada mezcla de vallenatos, Gloria Trevi, Roberto Carlos, María Dolores Pradera, Marcos Roberto, Diomedes, Jessi Uribe, Yeison Jiménez y electrónica. Cuando hay poquita clientela, como en estos meses de toques de queda, se canta a grito y se saluda con un gesto tímido al conocido de toda la vida. Cuando hay mucha gente, como en este diciembre que ni siquiera el covid pudo detener, se baila pegadito, hombre con hombre, cadera con cadera y todo el local a reventar. Un vieja guardia cuenta que las señoras se enamoraban de los bailarines, para su dolor. La excepción fue Mery, la cantinera, quien ama bailar pasodoble y empezó a trabajar en bares a los trece años, en un local de mala muerte en Guayaquil, donde cayó embarazada. Muchos años después, en La Fuente y con una hija de cuarenta, un homosexual se enamoró de ella. Después de jubilarse, Mery no pudo despegarse de La Fuente y todavía se la ve en una mesa o vendiendo dulces en la entrada, en la noche que ha vivido por más de ochenta años. Como Mery, otra mujer emblemática en la historia de La Fuente es Elvia, la dueña de un negocio de *catering*, de 79 años y farrera de toda la vida. Sus hijos la dejaban con la noche en la sordidez del Parque Berrío, donde se encaminaba al bar de confianza y procedía a emborracharse hasta las dos de la mañana, bebiendo como ningún otro e insultando a gritos al que la mirara feo. Con la hora de cierre, caminaba hasta la esquina, donde la progenie la recogía puntualmente.

Algunos se hicieron. Muchachos de los pueblos que emigraron a Medellín y descubrieron la posibilidad de otro mundo. Los más viejos ya sobrepasan los cincuenta: agentes del CTI, albañiles, taxistas, ubers, abogados, notarios, escritores, teatreros, pintores y cantineros. Y los más jóvenes que han traído los años: estudiantes, rappis y venezolanos que viven la calle. Uno de los inmigrantes es un expolicía con esposa e hijos que vio camino en la prostitución. Su paso por La Fuente no es accidental; Juan Carlos invoca un extraño concepto cuando habla de su bar: "Esto es una familia", y aunque el tiempo cambie y con él los lugares y sus gentes, La Fuente ha cobijado a todo recién llegado que suba sus escaleras.

Por eso ha sobrevivido. Décadas después de vagos eslóganes y orgullos corporativos, La Fuente mantiene la silenciosa promesa inicial de no negarle la entrada a nadie. "La Fuente es un lugar de excluidos: los viejos, los pobres, los feos. Es un sitio sin tiempo", me dijo un incondicional. Si no una familia, por lo menos la promesa de una. Nadie parpadea cuando una ausencia de años se acaba en el umbral de la puerta. Hay algunos que van todos, todos los días. Tal vez solo la muerte de la mamá sea excusa suficiente para dejar de ir.

Algunas de las frases más agobiantes de estos últimos meses son "La pandemia golpeó…", "La pandemia acabó con…". La Fuente solo perdió un piso, lo que para la historia gay es una tragedia algo menor. La memoria de otra pandemia todavía resuena, así sea en olvidos. El tiempo ha hecho lo propio: un hijo de Elvia murió y desde entonces solo se emborracha si Juan Carlos la va a buscar. Los mayores golpes ya vinieron, ya se escribieron y ya se olvidaron.

Entre hacer y deshacer de la ciudad, La Fuente se ha sostenido. La pandemia interrumpió la ambiciosa construcción de un pequeño sauna de tres pisos, con solario y todo: la versión gay de la manía paisa de tirarle plancha a lo que sea. Como las casas que van creciendo, o las ciudades que acumulan ruinas en el subsuelo, La Fuente se transforma. Aun así, sus fieles siguen ahí, aguantando los años en la barra de siempre, haciéndoles ojos a los que los reemplazarán. El hijo de Juan Carlos trabaja en el bar desde niño. Y a diferencia de su papá, él sí salió torcido.



Canaguaro
Revista de cine colombiano
Una publicación de
cinéfagos.net
canaguaro.cinefagos.net

ALUNA Y CHIRIBIQUETE

Una aventura con el pensamiento

Cuento infantil interactivo
#ConocerSinIr es proteger

Disponible en
encasa.parqueexplora.org

Producción general:
Equipo Parque Explora

Textos:
José Ardila

CHIRIBIQUETE es el parque nacional de bosque tropical protegido más grande del mundo. 4.3 millones de hectáreas de selva húmeda tropical, hoy patrimonio de la humanidad, entre los departamentos de Guaviare y Caquetá.

ALBERGA alrededor del 30% de los ecosistemas y la flora de la Amazonia colombiana.

LAS ETNIAS que habitaban esta región fueron diezmadas, en parte, por la explotación cauchera de los años 30. Hoy los riesgos, de diversa naturaleza, se multiplican.

TIENE HABITANTES fundamentales para el equilibrio de los ecosistemas: el jaguar, el tapir amazónico, la nutria gigante, el hormiguero gigante, el mono lanudo, entre otros.

UNOS 70.000 PICTOGRAMAS, de alrededor de 20.000 años, surten de preguntas nuevas sobre el poblamiento de América.

LOS TEPUYES, que deslumbran por sus pictogramas, son mesetas de roca de hasta 900 metros de altura consideradas las formaciones rocosas más antiguas de América.

parque explora · Protección · comfama · CONEXIÓN JAGUAR · isa · sura

comfama

Tras **18 años** nos despedimos de nuestro querido

edificio Vásquez

con **gratitud**.

Que sus ventanas y puertas sigan abiertas porque

El Patrimonio Es De Todos

VIGILADO SuperSubsidio